









DGCL  
A

t. 176317

c.



**POESÍAS**

DE

**EVARISTO SILIÓ**



# POESÍAS

DE

# EVARISTO SILIÓ

y Gutiérrez  
CON UN PRÓLOGO

DE

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

A large, stylized handwritten signature in dark ink, likely belonging to Evaristo Silió, is written across the lower right portion of the cover. The signature is highly decorative and cursive, with a long, sweeping underline that extends towards the publisher's information.

VALLADOLID:  
Imprenta Castellana

1897







26 OCTUBRE 1841

† 7 ABRIL 1874



## D. EVARISTO SILIÓ Y GUTIÉRREZ

---



VENGA á ocupar el puesto segundo en esta galería de líricos cántabros (1) el simpático y malogrado cantor de *Santa Teresa de Jesús* y de la *Magdalena*, ya que fué el segundo en descender á la ciudad de los muertos. Deber es imperioso de historia literaria salvar del olvido los nombres dignos de vivir en la posteridad, entre tantos como han sonado y suenan, con efímero y pasajero aplauso, en esta era de arrebatada y copiosa producción artística, en que pocos se cuidan de separar el oro de la escoria, por la mucha escoria que encubre el oro. Entre tantos volúmenes de versos como desde 1835 han aparecido, infinitos hay poco dignos de recordación honrosa ni aun de registro bibliográfico,

---

(1) Alúdese aquí á una serie de artículos, que sobre esta materia empezó á publicar el autor en *La Tertulia*, revista que salía á luz en Santander por los años de 1875 á 1877. La semblanza que antecedió á esta fué la de D. Calixto Fernández Campo-Redondo.

pero no faltan algunos, y aún pudiéramos decir *muchos*, que ora por la pulcritud de la forma, ora por la alteza de la imaginación y la intensidad de los afectos, son acreedores á puesto muy honroso en el tesoro de nuestra literatura. No en vano derramó Dios á manos llenas el ingenio en esta nación privilegiada, donde jamás han faltado ni faltarán poetas. La misma abundancia hace que miremos con poca estima este género de producciones, siempre que no excedan en mucho la medida común, ó logren por excepcionales circunstancias muy subida fama.

A pocos asiste valor para engolfarse en ese piélagó lírico y dramático que, á no dudarlo, ha de poner espanto á los futuros bibliófilos é historiadores literarios. El público de ahora vé con absoluta indiferencia la aparición de tomos y tomos de poesías líricas que sólo leen los amigos á quienes el autor se los regala; las producciones dramáticas no sobresalientes, y aun algunas muy estimables, nacen y mueren en la misma noche. La falta de crítica formal contribuye al mismo resultado; todo se abulta en los hiperbólicos párrafos de *gacetilla*, y el hombre de buen gusto, hastiado de tan empañoso incienso y de tanta sátira insulsa, acaba por confundir á todos en idéntico menosprecio, y no cae en la tentación de abrir uno solo de esos volúmenes que se presentan arreados con los vistosos títulos de *Dolores*,

*Quebrantos, Armonías, Pensamientos, Gemidos, Tristezas, Recuerdos*, y otros de la misma laya, rótulos capaces de ahuyentar al más hidrópico leyente. Porque suelen tales colecciones poéticas adolecer de uniformidad y amaneamiento tan extremados, suelen encerrar tan escaso interés para quien no sea el autor ó la dama de sus pensamientos, causa ocasional de sus tristezas y lamentaciones, falsas y artificiales en sumo grado, que no hay paciencia que baste para leer cien, doscientas, mil veces..... idénticos conceptos, expresados de la misma manera. Y, sin embargo, no es cosa infrecuente encontrar en ese *maremagnum* poético libros marcados con la huella indeleble del talento, apartados de fastidiosas trivialidades y rutinas, rebosando de verdadero sentimiento, atildados y correctos en la forma, y que no obstante, por cierto sino fatal, no son conocidos ni apreciados sino por aquel á quien lleva á su estudio necesidad ineludible. Uno de esos ingenios dignos de mejor suerte, es Evaristo Silió y Gutiérrez, verdadero poeta, que sorprendido por la muerte en el comienzo de su carrera, dejó, sin embargo, bastantes y muy sazonados frutos de su ingenio, para que su nombre deba ser pronunciado con orgullo por los montañeses, y con hondo respeto por todos los amantes de las letras españolas.

Nació nuestro vate en Santa Cruz de Iguña, en 1841. Recibió en su pueblo natal la primera

educación, y se dedicó en Santander por algunos años al comercio, del cual le apartaron muy en breve sus aficiones literarias. A los 16 años pasó á Valladolid donde se dió por entero al cultivo de la poesía, y escribió á los 17 un drama, *Fe, Esperanza y Caridad*, que fué representado en una sociedad decorada con el título de *La Flor de Mayo*. Los aplausos recibidos allí y en varias reuniones literarias en que leyó sus primeras composiciones líricas, alentaron su naciente inspiración y le movieron á trasladarse á Madrid, donde amplió sus primeros estudios, llegando á poseer las lenguas italiana, francesa, inglesa y alemana, á cuyas literaturas se dedicó con especial ahinco. Laboriosa fué su vida de escritor en la corte, pues además de dar á la estampa las obras que después analizaremos, colaboró en diversos periódicos como *El Eco del País*, *La Constitución*, *La Voz del Siglo*, ocupándose especialmente en críticas literarias y teatrales.

En los últimos años de su breve existencia hacía frecuentes excursiones á su valle natal, que le inspiró sus más preciados cantos. Murió en Santa Cruz de Iguña en 1874. Era de compleción débil, y simpático carácter (1). Y dadas estas breves noticias del hombre, hablemos del poeta.

---

(1) En *La Crónica Mercantil* de Valladolid se publicó una biografía de nuestro poeta suscrita por G. M. G. (¿Gregorio Martínez Gómez?)

Fué Silió lírico original y espontáneo, y como nacido en la tierra de los montes y de las olas, llevóle su instinto poético á la escuela *septentrional*, ménos estudiada y conocida que la salmantina, la sevillana, la catalana, la valentina ó cualquiera otro de los grupos literarios ibéricos, pero de existencia no ménos real ni ménos definidos caracteres. Tal vez ha sido fortuna para la escuela del Norte no hallar aún un dogmatizador ni trazarse un código inflexible que á la corta ó á la larga hubiérala llevado al amaneramiento, en que aun sin esto cayeron algunos de sus representantes. Los poetas salidos de esta agrupación que geográficamente podemos considerar extendida por Cantabria, Asturias, Galicia y tierras de León, (*del lado allá del Duero*, como decía Lista), ofrecen todos un sello de familia, una similitud literaria que de igual suerte los aísla de la poesía castellana como de los escasos vates que han florecido en las comarcas eúscaras. Soñadores y meditabundos los *septentrionales*, distingúense por lo vago y aéreo del fondo de sus concepciones, por la melancolía intensa y profunda que casi siempre les anima, por su afición extremada á la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza, que produce en ellos graves pensamientos y solemnes meditaciones. La escuela del Norte es *creyente* como todas las escuelas peninsulares, pero la expresión del sentimiento religioso no toma en sus cantos el vuelo

místico de la escuela salmantina, ni la bíblica entonación *herreriana*, ni se combina con recuerdos de la edad media cual acontece en los modernos poetas catalanes, sino que propende á abstracciones, y es siempre *subjetiva*, gustando sobre todo de cantar la triste peregrinación del hombre por este valle de lágrimas, las agitaciones y tormentos de la conciencia, el dolor y la resignación que expían y llegan á borrar el pecado. Las vagas inquietudes del alma, el anhelo y la sed de lo infinito suelen ser asimismo asunto de esta poesía que dá, no obstante, á tales aspiraciones un tono muy diverso del vehemente, arrebatado y encendido de nuestros grandes místicos. Rara vez escogen los vates del Norte asuntos *históricos*, cuya índole *objetiva* se presta poco á su genialidad, y cuando por excepción lo hacen, suelen acudir á los más tristes y melancólicos, llamándoles sobre todo la atención las ruinas de antiguos monumentos, los países desolados, los grandes lutos de la humanidad y de la patria. Y cantan tales hechos, no con exactitud *arqueológica*, ni deteniéndose en los accesorios pintorescos, ni menos con expresión de arrebató é ira, sino con la misma reposada melancolía que muestran en el análisis de los dolores *íntimos* de su alma. Tales caracteres resultan en los cantos de Enrique Gil á *Polonia*, á *los Templarios*, al *Dos de Mayo*; en las tristísimas meditaciones de Pastor Díaz sobre *el Acueducto de Segovia*, y

otras ruinas y vestigios de pasadas grandezas; y en fragmentos *históricos* de otros poetas menos conocidos y celebrados. Canta el *amor* la escuela septentrional, como todas las escuelas y todos los poetas del mundo, pero lo canta *á su manera*, nunca como placer de los sentidos, á semejanza de los elegiacos latinos; ni aun como admiración contemplativa de la belleza física, cual á veces sucede en la poesía helénica; ni con el místico arrobamiento y metafísicas cavilaciones de los *petrarquistas*; ni arreado de pastoriles galas cual aparece en los eróticos del Renacimiento; ni envuelto en los discreteos y caballerescas devociones de nuestro teatro; sino de una manera ideal, vaporosa, casi impalpable, y sin embargo *humana*, cuyo objeto no puede considerarse como un símbolo de altas ideas ni una encarnación de la belleza pero que suele ser una mujer soñada, una *inmortal amiga*, una *sirena*, una *ondina*, que ora habita en las fuentes, ora baña sus trenzas en el río, ora se mece en las revueltas y bravías olas de nuestra mar; y que interesa, en fuerza de su vaguedad misma, porque representa bien los sutiles y vagorosos pensamientos enamorados de la juventud, en tierras de montaña, bajo un cielo de nieblas, en costas escarpadas y bravías. El espíritu poético que tiende á animar la naturaleza, que es eminentemente *plástico* y vivificador, diversifica sus creaciones según el país en que las produce, y engendra en toda

comarca septentrional visiones pálidas y nebulosas, así como en las regiones del Mediodía, donde todo es luz, calor y movimiento, donde hierve la vida, hace brotar ensueños deliciosos, hondamente marcados con el sello del país en que tal tipo estético se encarna y desenvuelve con exclusivo é incontrastable predominio.

Al celebrar las maravillas de la naturaleza se apartan más y más entrambas escuelas; la una canta el sol en su oriente, la otra le llora en su ocaso: describe la primera el despertar de la Aurora, deléitase la segunda en las sombras del crepúsculo de la tarde. La *Luna, el Sol de los tristes* (expresión bellísima de un gran poeta montañés) es tema favorito de sus inspiraciones; los escondidos valles iluminados por su pura y melancólica lumbre convidan á nuestros vates á la meditación y al canto; el seno agitado y tormentoso del mar de Cantabria indúceles á abismar en él el pensamiento y la mirada; la *nube blanca* arrástrales en su curso á incógnitas regiones. Si de flores hablan, será de las modestas, y escondidas, como la violeta que cantó Enrique Gil:

Quizá al pasar la virgen de los valles  
Enamorada y rica en juventud,  
Por las umbrosas y desiertas calles  
Do yacerá escondido mi ataúd,

Irá á cortar la humilde violeta,  
Y la pondrá en su seno con dolor,



Y llorando dirá: «pobre poeta,  
Ya está callada el arpa del amor»;

como el *lirio* celebrado por Laverde en la más bella de sus composiciones:

Allá del mar en la desierta orilla,  
Yace su cuerpo en escondida gruta,  
Donde entre zarzas solitario vive  
Lirio celeste,

Místico lirio á cuyo cáliz puro  
Bajan los rayos de la luna leves,  
Gime con ella cariñoso el viento,  
Gimen las ondas.

La poesía del Norte no tiene formas muy definidas, quizá por la escasa relación que siempre ha existido entre sus poetas: pero los caracteres distintivos de la escuela literaria sobresalen de igual manera en las composiciones generalizadoras y pesimistas de Pastor Díaz, que en las tiernas, pero difusas é incorrectas, de Enrique Gil, en las del malogrado Aguirre Galarraga, en los cantares gallegos de Rosalía de Castro, en las estrofas *sáficas* de Laverde en que se verifica una extraña, pero bellísima unión de forma clásica y fondo *septentrional*, y hasta en la elocuente prosa, muchas veces lírica, de *Juan García*. Y no ha de maravillarnos que en las comarcas donde

esta poesía es fruto natural del suelo, se observen, sin embargo, excepciones tan notables como la tendencia *objetiva* de Trueba y Cosío, imitador de Walter-Scott en novelas y poemas cortos, y el *subjetivismo* de Campoamor que lo es de una especie muy distinta del de los demás líricos septentrionales. Pues aparte de que estas mismas excepciones confirman la regla, y dado caso que ni las condiciones del país ni el influjo de escuelas literarias pueden encerrar en un círculo estrecho el genio de todos y cada uno de los escritores nacidos en una extensa comarca, ha de tenerse en cuenta que Trueba y Cosío por su alejamiento del país en que vió la luz primera, por su educación inglesa, y por ser ingenio más imitador que espontáneo, entró de lleno en la corriente literaria de su época; y en cuanto á Campoamor, con ser poeta tan original y *sui géneris*, puede notarse en los detalles, además de la influencia de sistemas filosóficos modernos por él asimilados y convertidos en sustancia propia, ciertas reminiscencias de poesía *septentrional*, nunca borradas del todo en literatos que desde el nacer respiraron aquellas auras.

Señalados ya con la posible claridad y distinción los caracteres de la escuela del Norte, vamos á estudiarla en las poesías líricas de Silió encerradas casi todas ellas en un pequeño volúmen en 12.<sup>o</sup>, de 77 páginas, rotulado con

mucha propiedad *Desde el Valle* (1). Y empezaremos por advertir que es ya buena señal el que redujese el modesto poeta su colección á 13 composiciones, escritas y acabadas con esmero, en vez de publicar, como otros, enormes volúmenes en que lo bueno aparece sepultado bajo la inmensa balumba de lo malo. Y también agrada verlas tan escuetas de todo prólogo é introducción laudatoria, lo cual asimismo demuestra el buen gusto del malogrado vate montañés.

No obstante la escasa variedad de asuntos y de tonos que en los versos de Silió se advierten, su limitado número, la verdad del sentimiento en ellos expresado, y la corrección y elegancia de la frase bastan para salvarles del olvido en que caen tantas otras colecciones poéticas. Compúsolos su autor en los postreros años de su vida, cuando dolores á la par morales y físicos habían caído sobre él, templando su alma, naturalmente dispuesta á melancólicos pensamientos, como las de casi todos los vates de su escuela. Él mismo expresa bien su genialidad lírica en las siguientes estrofas, escritas con notable pureza y sobriedad:

En vano me finjo la dicha cercana,  
Y alzar quiero un punto la voz del placer,

---

(1) *Desde el Valle*. (Poesías de Evaristo Silió y Gutiérrez). — Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, Plaza de los Ministerios, 21, 1868.—77 págs., una en blanco y otra de índices. Muy linda edición, 12.<sup>o</sup>

Pues voz más potente me grita inhumana  
Que en triste recuerdo se torna mañana  
La dicha de ayer!

Y en vano buscando del gozo la idea,  
Hoy vuela mi mente do un tiempo le ví,  
Do gira la danza feliz de mi aldea,  
Que hoy sólo el alarde risueño campea  
Del júbilo allí!

Allí de la bella que oyó sus clamores  
Hoy orna el amante la agreste mansión  
Con rústicos ramos y cintas y flores  
Que emblema sencillo de dichas y amores  
Pacíficos son.

La pura alegría que el alma recrea,  
Los dulces placeres hoy reinan allí,  
Mas hoy del mañana me finjo la idea,  
Y en triste reposo contemplo la aldea  
Do el júbilo ví!

Un sol que declina con ténues fulgores  
Tras árida cumbre nublándose va,  
Suspiran los tristes nocturnos rumores,  
Y secos los ramos, y mustias las flores  
Deshójanse ya.

Así lo que emblema de gozo es un día  
Se nubla, á mis ojos, del tiempo al través,  
Y así cuando quiero cantar la alegría,  
Mi mente contempla la pena sombría  
Que viene después!

Análogas profesiones de tristeza encontramos en todos los líricos del Norte, y no ha de

atribuirse en ellos á influjo de la moda sentimental y llorona, pues muchas veces, como aquí advertimos, la expresión es natural, sencilla y sin rastro de amaneramiento, como que brota espontáneamente del corazón.

Huellas de un sentimiento más amargo, un tanto escéptico y *leopardino*, vislumbramos en la composición titulada *Una fiesta en mi aldea*, una de las más bellas que en esta colección figuran.

Hoy es fiesta, hay romería  
Delante de mi balcón...  
Huya ante tanta alegría  
La eterna melancolía  
Que me oprime el corazón.

El poeta quiere aturdirse con el estruendo y el bullicio de la romería, pero va descendiendo la tarde, y torna él á sus tristes meditaciones:

No bajéis mustias la frente  
Mirando el placer huir;  
No mireis al sol poniente  
Que en las cumbres de occidente  
Va ya trémulo á morir.

Suena la campana de la oración, y Silió describe los efectos de su solemne tañido en la alborozada multitud:

Cesó el alegre clamor  
De las danzas bulliciosas;  
Sólo suena en derredor

De mil preces misteriosas  
El sordo y triste rumor.

Ya se alejan los que huyeron  
Las montañas con afán  
Y á la fiesta descendieron.  
Pero ¡qué alegres vinieron  
Y qué abatidos se ván!

Á ésta antítesis de *dolora campoamoriana* sigue la cavilación nocturna, que presenta evidentes analogías con la oda de Leopardi *La Sera del di de festa*:

Dolce e chiara é la notte e senza vento  
E queta sopra i tetti, é in mezzo agli orti  
Posa la luna, e di lontan rivela  
Serena ogni montagna.....

Así comienza el admirable y desesperado poeta recanatense. Á imitación suya, pero convirtiéndolo en *triste* la *notte dolce y chiara* cantada por el italiano, (transformación natural en la poesía del Norte), y alterando también la pura y *clásica* sencillez de su modelo, que tomó de Virgilio el fondo de su descripción, dice el vate montañés:

Reina la noche triste: ni un acento  
Turba su muda y pavorosa calma  
Que espanto infunde al alma;  
Calla dormida el ave, calla el viento  
É invisible cruzando el valle umbrío,

Sume y ahoga su rumor profundo  
Allá en la hondura de su cauce el río.  
¡Tal debió ser antes que fuera el mundo  
El eterno silencio del vacío!

. . . . .  
Oscuro está mi valle, el cielo oscuro  
Y ay! oscura también el alma mía!  
Mas á veces la luna entre el misterio  
De las sombras riela en la montaña,  
Y ahora del lejano cementerio  
Sólo el recinto pavoroso baña!

Todo ello está discreta y poéticamente dicho, pero prefiero la concisión de Leopardi. El fondo de la composición es tan lúgubre en el uno como en el otro; pero en Silió, escéptico sólo en momentos dados, se vislumbra un rayo de esperanza que jamás ilumina los cantos del italiano. Saluda Leopardi á

—l' antica natura omnipossente  
che mi fece all' affanno.

Y advierte que ni aún le queda la esperanza:

Á te la speme  
Nego, mi disse, anche la speme é d' altro  
Non brillin gli occhi tuoi se non di pianto.

Silió, por el contrario, no con esta fría impasibilidad y horrible resignación, sino con el acento de angustiada duda, propio de tantos hijos de este siglo desventurado, exclama en voces dignas de un gran poeta:

Espíritus errantes que en el fondo  
Donde la humana voz jamás retumba  
Dejásteis ya el mortal légamo hediondo,  
Venid, y á solas reveladme el hondo  
Misterio de la tumba!....

¡Llegad! la noche que adorais umbrosa  
Reina lóbrega aquí; todo sumido  
En su profunda oscuridad reposa:  
Mi espíritu os llama desprendido  
De la materia odiosa!

¡Llegad! decid á mi mortal anhelo  
Si con vosotros vaga,  
Donde tendéis el invisible vuelo,  
La dulce virgen que mi amor halaga  
Cuando mi mente se remonta al cielo!

¡Llegad! decidme si á su bien unida  
El alma, y desprendida  
De la opresora terrenal corteza,  
Verá que al fin de la mundana vida  
La que en sus sueños imagina empieza!

Pero lo que sigue á esta magnífica invocación, bello también (no dudamos en afirmarlo) está inspirado por tan desconsolador escepticismo como los versos más horribles de Leopardi. Sin aprobar en nada el descaminado espíritu que los dictó, no puedo resistir á la tentación de transcribirlos:

Mas inútil clamor! la queja ruda  
Exhalo en vano y el mortal gemido:  
Mudos los cielos y la tierra muda.



Cuando el acento de la fe extinguido  
Su voz levanta la angustiada duda,  
Sólo responde á mi profunda pena  
Que alza su grito para el bien en vano  
La triste voz de la ansiedad ajena;  
Que otra vez por mi mal allá lejano  
El triste canto de la tarde suena:

    Como esa flor que arrojas  
Ya deshojada,  
La flor se vá quedando de mi esperanza;  
Y es dulce prenda,  
Que mi llanto de fuego  
Su tallo quema.

También esta idea del *canto lejano* es de Leopardi:

    Ed alla tarda notte  
    Un canto che s'udia per li sentieri  
    Lontanando morire a poco á poco  
    Già similmente me stringeva el core.

Acabemos con la inspiración de nuestro malogrado ingenio, que termina tan dignamente como empezó, vislumbrándose de nuevo la esperanza:

    Hórrido valle donde el duelo mora,  
    En medio de tu calma aterradora  
    Que el ánimo quebranta,  
    Hay un mortal que desvelado canta,  
    Pero es un triste que cantando llora!

¡Oh, tú que miras el anhelo mío  
Volar del mundo á la región que adoro,  
El ruego escucha que en mí afán te envío:  
Ve, que en la noche del dolor sombrío,  
También, si canto, cuando canto lloro!

El alma de Silió era creyente, y hasta fervor religioso se advierte en los poemas de que luego hablaremos, pero en el tiempo que residió en Madrid no logró sobreponerse del todo á la atmósfera de escepticismo y descreimiento que en algunos círculos se respiraba. Las conversaciones, la lectura de libros de mala filosofía por quien no era filósofo ni estaba suficientemente preparado para distinguir la ciencia y el sofisma, quebrantaron en ciertos instantes las creencias que en el hogar montañés aprendiera, y engendraron en su ánimo acerbas dudas y tristes desalientos que tal vez apresuraron su muerte, y que repetidas veces asoman en sus últimas poesías. Mas no es esto decir que cayera jamás en formal heterodoxia, porque su sano instinto le apartaba siempre del escollo, y como obraba y escribía más por sentimiento que por reflexión, su alma de poeta español y *septentrional* acababa por sobreponerse á las heladas doctrinas que reciamente combatían su espíritu. Comprendía que el artista no nace para sembrar dudas y dejarlas sin solución, sino para realizar el sublime fin, que él mismo cumplió en *Santa Teresa de Jesús* y en

la *Magdalena*, y que bellamente expresa en estos versos de una de sus composiciones líricas:

¡Cuántas veces á tu acento,  
De la inspiración al grito,  
Habrá apagado el lamento  
Algún corazón sediento  
De adivinar lo infinito!

¡Cuántas veces de tu canto  
Volando algún alma al par,  
Sobre este valle de llanto  
Se habrá remontado tanto  
Que habrá gemido al bajar.

¡Cuántas invocando al Ser  
Que tu acento diviniza  
Habrás conseguido hacer  
Sobre la tibia ceniza  
La llama ferviente arder!

¡Canta, pues, artista, canta  
Con ese sublime anhelo  
Que el espíritu agiganta,  
Fija en la tierra la planta  
Y la mirada en el cielo!

¡Canta, y que el mundo se asombre  
Al volar del genio en pos  
Á esos espacios sin nombre  
Donde ya el alma del hombre  
Siente el aliento de Dios!

La terrible duda del destino humano aqueja siempre á Silió en sus momentos de *escepticismo*, y le inspira dos de sus más notables

composiciones, *la Nave y la Vida*. En la primera con la usada alegoría de la nave, por él diestramente rejuvenecida, describe la humanidad bogando sin norte ni rumbo, entre peligros y borrascas:

Ya cruce las olas dormidas del lago,  
 Ya el ancha llanura del piélagos vago  
 Que á veces en calma fatídica está,  
 Sin faro en la noche ni rumbo á lo cierto,  
 La nave en que el mundo se aleja del puerto  
 ¿Quién sabe do boga? quién sabe do va?  
 Al soplo navega de varia fortuna  
 Por mar que el sepulcro separa y la cuna,  
 Y en su hórrido seno do impera el terror,  
 «Bogad» van clamando las almas á coro,  
 «Bogad do la dicha se compra con oro,  
 Do reina la gloria, do vive el amor».

En esta *barca de los locos*, como se decía en la Edad Media, navega también el poeta tan ciego y desalumbrado como los demás:

Y yo también bogo sin faro ni gufa,  
 Buscando en la estensa llanura sombría  
 El puerto que un día mi mente soñó,  
 Y en vano pregunto con pena tan grave  
 A dónde navego; que nadie aquí sabe  
 A dónde en mi nave mañana iré yo!  
 Viviente lumbrera que allá en las alturas  
 Con férvida llama perenne fulguras,  
 Y á playas oscuras nos miras bogar,  
 Ó inflama la nave, ó ve la agonía

Del hombre que boga sin faro ni guía,  
*Del triste que fia del viento y la mar.*

¡Triste influjo el de esta época descreída que así tiende á apagar en espíritus sanos y en corazones rectos la luz de la verdad, para dejarles tinieblas, dudas, y á la postre, desesperación! Nunca llegó nuestro poeta á tales extremos (lo repetimos), pero asediábanle sin cesar negros presentimientos, y la idea misma de los anteriores versos aparece, con mayor claridad aún, en la segunda de las composiciones citadas, que es una joya poética. Las caravanas que marchan por el desierto de la vida, engañadas por la esperanza, perdiendo á cada paso una ilusión, anhelantes de dicha siempre y sin ver el fin de su camino, forman un cuadro descrito con la mayor sobriedad y energía. No sobra una palabra en aquellas estrofas que hasta en un movimiento rítmico remedan el doloroso viaje de la humanidad; júzguese por el final:

Y aún avanza y aún lucha con su agonía,  
Pero lejos, muy lejos trémula guía  
La planta allí...  
Seguirla ya no puede la vista humana...  
Ya sólo Dios vé adonde la caravana  
Marchando va!  
Y así por el desierto yo peregrino  
Apartar quiero en vano de su camino  
Mis pasos hoy;

El mismo afán, la misma vereda tengo;  
 ¡Y sólo el cielo sabe de dónde vengo  
     Y á dónde voy!  
 Y así generaciones sin cuento han ido  
 Perdiéndose á lo lejos, el pecho herido  
     Del mismo afán;  
 Así espiran las tristes glorias humanas  
 Y así por el desierto las caravanas  
     Pasando van!

Silió que, como casi todos los poetas de veras *subjetivos* tiene una sola cuerda en su lira, se repite mucho en pensamientos y en imágenes. Así encontramos reproducida con leves variantes la anterior en el lindo romance de *los viajeros*, que termina así:

Yo en el valle en vano ansío  
 Descubrir, tras nube tanta,  
 Si del sueño de la vida  
 Despiertan allí las almas  
 En las sombras de la noche  
 O á la luz de la alborada.  
 Sólo sé que al fin un día,  
 Tal vez hoy, quizá mañana,  
 La postrera voz que oímos  
 Me dirá: «despierta y anda»  
 Y me iré con los viajeros  
 Que trasponen la montaña.

Más apacible sentimiento se nota en las poesías tituladas: *Meditación*, *A Esperanza*, *A una niña*, de esquisita sencillez y primor en la ejecución artística.

Dos composiciones en cierto modo *eróticas* encierra el tomo de Silió, y en ambas se revela bien á las claras el carácter idealista y soñador que antes asignábamos á la poesía del Norte. El amor de nuestro vate se dirige á una sombra, á una creación de la fantasía, que no es una encarnación de la belleza como *la mujer que no se encontrará*, cantada por Leopardi, sino que es un resumen de todas las quimeras que agitan el alma y el pensamiento del poeta; y guarda sobre todo notable semejanza con la *inmortal amiga* de Laverde Ruiz,

Virgen etérea á consolar llamada  
 De un vate el perenal dolor  
 . . . . .  
 Angel sublime de mis sueños de oro  
 En forma de gentil mujer...

Algo parecido debía de ser el *ideal* que perseguía Silió, y que le dictaba estrofas como las siguientes, comparables á las más celebradas de otros líricos contemporáneos, superiores á él en fama más que en merecimientos:

Yo te busqué en los campos del valle mío,  
 Por las montañas y el bosque umbrío,  
     Doquier que fuí;  
 Y al ver que tú encantabas otros lugares,  
 Mi amada aldea, mis dulces lares  
     Dejé por tí!

. . . . .

Tal vez de los espacios del bien risueños,  
En las quimeras de mis ensueños,  
Bajar te ví;  
Tal vez tendí los brazos, hallé el vacío  
Y entre tinieblas el llanto mío  
Brotó por tí!  
Lamento misterioso de amor y pena,  
Por tí doliente mi canto suena,  
Por tí no más,  
Por tí ferviente imploro los almos seres,  
Y aun de tí lejos, ni sé quien eres  
Ni dónde estás!  
Viviente luz que ciego mi amor ansía,  
Que triste llevas el alma mía  
Del tuyo en pos;  
Mujer á un tiempo y angel sin paz ni nombre  
Que el bien me ofreces que puede el hombre  
Lograr de Dios!  
Virgen diosa del templo de mis placeres,  
¿Cuándo, qué día sabré quién eres  
Y dónde estás?....  
Ay! en vano esta duda mi pecho afana;  
Hoy mismo acaso!.... tal vez mañana!....  
Tal vez jamás!....

No era ingenio vulgar el que tan reconcentrado sentimiento y tanta pureza de expresión ponía en sus cantos. No lo era el que escribió la bella canción *La cita en el valle*, modelo de intensa ternura y suavidad rítmica. Por donde quiera que abramos la colección de Silió hemos de tropezar con rasgos notables en el pensamiento y en la forma que le separan



en mucho de la grey de los *cantores* adocnados.

Publicó Silió un poema titulado *Santa Teresa de Jesús* y dejó comenzado otro de *La Magdalena*. ¡Qué asunto el primero para un poeta español y cristiano! La extática doctora avilesa, serafín abrasado en amor divino, heroica fundadora, nacida para revelar al mundo los más hondos misterios del *erotismo* sagrado, los regalados favores del celestial Esposo, y para penetrar cuanto en existencia terrena es dado, en el piélago de la bondad y hermosura divina, sin perderse en las torcidas corrientes panteísticas; intérprete, como ningún otro mortal, de la sublime armonía y del lenguaje de los ángeles que ella reprodujo con gracia de mujer, y de mujer castellana, en libros que (para valernos de la frase discretísima de un sabio profesor catalán) con ser de los henchidos *de más alta doctrina, más que libros semejan candorosa plática familiar*. Porque en la alteza de las cosas, añadiremos con Fr. Luis de León, y en la delicadeza y claridad con que las trata, *excede á muchos ingenios, y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la grave y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale*. Y tan verdad es esto, que por una sola página de Santa Teresa pueden darse infinitos celebrados libros de

nuestra literatura y de las extrañas, y por la gloria que nuestro país tiene en haberla producido, cambiaría yo de buen grado, si hubiésemos de perder una de ambas cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales.

Los ingenios españoles profesaron siempre veneración grande al Angel del Carmelo, y entre las poesías á su loor consagradas en los siglos XVI y XVII las hay de Cervantes (1), de Bartolomé Leonardo de Argensola, de Lope de Vega, pero á todas exceden los versos de Doña Cristobalina Fernández de Alarcón (2), *décima musa antequerana*, que calificó de *celestiales*, y no sin razón, el volteriano y descontentadizo Gallardo. De poemas más extensos dedicados al recuerdo de Santa Teresa, los únicos que merecen especial alabanza son la *Amazona cristiana* de Fr. Bartolomé de Segura (Valladolid, 1619) más apreciable que por el contexto de la obra, por ciertas composiciones líricas que en ella se intercalan; y el notabilísimo ensayo de nuestro Silió.

Conveniente parece advertir que el asunto de Santa Teresa al par que grandes ventajas, ofrece no leves dificultades, una de ellas insuperable. No hay en el mundo prosa ni verso que

---

(1) Canción que comienza *Virgen fecunda, madre venturosa* en la *Relación de las fiestas hechas en Madrid y en toda España á la beatificación de la beata madre Teresa de Jesús*, por Fr. Diego de S. Josef. Madrid, 1618.

(2) Las quintillas *Engastada en rizos de oro* (*Relación de las fiestas de Córdoba á la beatificación de Santa Teresa*).

basten á igualar, ni aun de lejos se acerquen, á cualquiera de los capítulos de la *Vida* que de sí propia escribió Santa Teresa, por mandado de su confesor; autobiografía á ninguna semejante, en que con la más peregrina modestia se narran las singulares *mercedes que Dios la hizo*, y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y un sublime descuido de frase que deleitan y enamoran. Y como aquel estilo no se imita, y fuera vana presunción el intentarlo, y las más ricas preseas del tesoro literario no son suficientes para compensar su falta, el que acerca de tan divina mujer escriba, ha de quedar forzosamente inferior á ella con mucha distancia; y esta es sin duda la causa de que los versos de Silió que leídos por sí agradan y demuestran en su autor muy señaladas dotes poéticas, pierdan la mayor parte de su precio, puestos en cotejo con cualquiera de los capítulos de la sublime reformadora carmelitana. No es culpa del vate montañés; es la distancia que separa el cielo de la tierra, y que todas las fuerzas humanas no traspasarán jamás.

La *Santa Teresa de Jesús*, de Silió (1) no sigue la forma académica de los poemas

---

(1) *Santa Teresa de Jesús. Poema por D. Evaristo Silió y Gutiérrez. Madrid: Imprenta de la Compañía de impresores y librerías, á cargo de D. A. Avrial. 1867. 100 pp. 8.º*—Licencia del Vicario eclesiástico de Madrid, precedida de una aprobación suscrita por el Dr. Felipe Vázquez y Arroyo, 11 de Enero de 1867.

*heróicos*, sino la suelta y libre de las leyendas zorrillescas. No está escrita en compasadas octavas, sino en variedad de metros. En pos de una linda dedicatoria en alejandrinos viene una breve introducción en igual ritmo, briosamente escrita y versificada con gallardía, cual puede juzgarse por la siguiente muestra:

Sufriendo los rigores de inevitable suerte  
 En carcel que ceñida de eterna sombra está,  
 El mundo gira en torno del trono de la muerte  
 Sobre las huecas tumbas de los que fueron ya.

Cuando en ferviente anhelo levanta su querella,  
 Y un rayo le ilumina de la celeste luz,  
 Descubre entre las sombras la misteriosa huella  
 Que al pedestal conduce de la cristiana cruz.

.....  
 ¿Qué voz mundana puede templar su amargo  
 [duelo  
 Cuando anhelante mira y el porvenir no vé?  
 ¿Qué bienhechor espíritu mostrarle puede el cielo  
 Si lejos de ella vuela el angel de la fe?

.....  
 Oíd: voy á cantaros la peregrina historia  
 De una mujer, de un angel que en esta vida fué:  
 Tal vez mi fe vislumbre un rayo de su gloria,  
 Tal vez vuestra alma alumbre un rayo de mi fe.

El poemita se divide en cuatro partes y en diecinueve capítulos ó cantos muy breves. La unidad *lógica* de la composición, está en el carácter de la santa heroína, y en las sucesivas

transformaciones por que su espíritu va pasando hasta llegar al más puro misticismo. Los infantiles juegos de la virgen de Ávila, las piadosas lecturas que hacía con su hermano, su tentativa de ir *á tierra de moros para que allí los descabezasen*, la muerte de su madre, la tentación mundana que llega á su alma en forma de libro de caballerías, las luchas internas en que triunfa al cabo el amor al ideal celeste, la entrada de Teresa en Religión, las persecuciones de la *Ira* y de la *Tibieza* vencidas y aniquiladas por el gigante espíritu de la doctora de Ávila, los tropiezos que opone el *Mundo* á los altos propósitos de la reformadora del Carmelo, sus fundaciones, sus extáticos raptos y su muerte constituyen el argumento y desarrollo de la piadosa leyenda de Silió. La narración está hecha con delicadeza y sobriedad notables, el lenguaje es poético sin asomo de afectación ni amaneramiento, y la versificación se desliza fluida y fácil como brotando de un manantial puro y abundante. Y sin embargo, el poema no satisface á quien conoce los libros de Santa Teresa, ni nos parece digno de su gloria, porque Silió no era bastante místico para identificarse con el misticismo de su heroína, ni bastante filósofo para comprenderle, y no sé si bastante poeta para encontrar palabras con que expresarle. Adolece además el poema de *Santa Teresa*, aunque nacido de pura creencia y escrito con ortodoxia sana, del defecto común

á casi todos los cantos religiosos de nuestra época, en que si sobra arte, faltan unción y fervor, mal grado, en ocasiones, de los poetas mismos. Falta es ésta difícil de remediar, porque la corrompida atmósfera que respiramos, influye más ó menos aun en los espíritus más apartados del contagio, y si hoy todavía es frecuente por dicha encontrar hombres de fe inquebrantable, no abunda la fe sencilla, abrasada y poderosa que levanta las montañas y produce todas las grandes maravillas del mundo moral y de la poesía religiosa. Por eso en el poema de Silió, aunque menos que en otros, desagrada á veces cierto tono de poesía profana, cierta profusión de mundanos arreos, que contrastan con el fondo ascético del asunto.

Aparte de este defecto muy disculpable, abunda la *Santa Teresa* de Silió en perfecciones literarias dignas de alabanza y estudio. Véase qué pureza de sentimiento y de expresión muestra la siguiente plegaria de la niña Teresa á la Virgen, después de la muerte de su madre:

Tú que nuestro duelo  
Con amor consuelas,  
Mira los pesares  
Que lamento yo,

Tú que desde el cielo  
Por él triste velas,  
No me desampares,  
Madre mía, no.

Ya que es mi destino  
Que las penas mías  
Llore en mis azares  
Solitaria yo,

Tú que en el camino  
De la fe me guías,  
No me desampares,  
Madre mía, no!

¿Qué pecho afligido,  
Qué humana agonía  
Paz sobre las aras  
De tu altar no halló?

¡No, no has desoido  
La plegaria mía!  
No me desampares,  
Madre mía, no!

El dulce y reposado tono de este fragmento, y la exquisita sencillez de la forma le hacen digno de los buenos tiempos de nuestra poesía sagrada semi-popular. Santa Teresa en su *Vida* sólo decía acerca de la muerte de su madre lo que sigue: «Cuando yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuése mi madre con muchas lágrimas». La oración que en su boca pone nuestro vate completa ésta vez dignamente el texto de la autobiografía teresiana.

Refiere la Santa en el cap. IX del mismo libro que hallándose su alma *cansada*, esto es, fatigada con tibiezas, acertó á ver una imagen

de Cristo llagado, *muy devota*, y añade que «fue tanto lo que sintió de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que le pareció que el corazón se le partía, y arrojose cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole la fortaleciese ya de una vez para no más ofenderle». Hé aquí cómo interpretó Silió esta situación capital en el espíritu de la contemplativa religiosa:

—«Señor, bendito seas! que abra-se eternamente  
 Mi seno por tí solo la llama del amor!  
 Como el sediento ciervo las aguas de la fuente,  
 Desea el alma mía tu celestial favor!  
 Que un rayo de tu gloria mi obscura senda alumbre,  
 Y en ella ya mi planta no detendré jamás,  
 Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre  
 Donde mejor te vea, donde te adore más!»  
 Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada,  
 La imagen contemplando de su divino amor....  
 ¿Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada  
 Resplandeciente y pura su angelical fervor!

Oportunísimo es aquí el recuerdo del *Quemadmodum desiderat cervus fontes aquarum*. No lo es menos el de una antigua redondilla castellana en la descripción de la muerte de Santa Teresa, de la cual sólo extractaremos algunas estrofas en obsequio de la brevedad:

«Ven, clamaba, dulce muerte  
 Pero ven tan escondida  
 De mi ser,



Que no te vea; que al verte  
Temo recobrar la vida  
    De placer! »  
Entre tanto un dulce coro  
De enamoradas esposas  
    Del Señor,  
Vertía á sus piés el lloro,  
Las lágrimas fervorosas  
    Del amor  
Y ella, que ya las dulzuras  
Percibía en esperanza  
    Del Edén,  
« Amad, suspiró, almas puras;  
Que sólo amando se alcanza  
    Digno bien!  
¡Amad, y al fin del divino  
Amor la primer vislumbre  
    Viene ya,  
Bendecireis el camino  
Que os ha acercado á la cumbre  
    Donde está! »  
Dijo, y al seno oprimía  
Un trasunto que su encanto  
    Siempre fué,  
Un crucifijo que había  
Mil veces bañado en llanto  
    De su fe.

Cierra dignamente el poema un *Epilogo* escrito con alteza de pensamientos y robusta y acendrada versificación:

Mas ah! mi oscura mente ¿qué sabe del mañana?  
¿Qué puede en sus profundos arcanos descubrir?

Tú los destinos sabes de la familia humana,  
Tú el límite conoces del vago porvenir.

Tú sabes dónde espira la llama creadora  
Que la materia esclava fecundizando va;  
Tú ves el fin del mundo que desterrado llora,  
Tú aproximarle puedes su término quizá.

Tal vez del Dios que un día mostro en su amor  
[profundo,

Al hombre esclavizado la redentora cruz,  
Tú sola alcanzar puedes que el abatido mundo  
Levante hoy á la esfera del bien y de la luz.

Sí! tú que su almo trono mirabas dolorida  
Desde esta oscura cárcel, asilo del pesar,  
Inspirale, oh Teresa, oh mártir de la vida,  
Que el angel de la muerte nos venga á libertar.

Indudablemente ardía en Silió algo del estro de los grandes líricos; su temprana muerte le impidió desarrollar las fuerzas de su ingenio, y aun dar cima á varias de sus obras poéticas. Tal aconteció con el poema *La Magdalena*, del cual sólo ha visto la luz pública el primer cuadro (1) excelente fragmento, comparable con los mejores de *Santa Teresa*, é inspirado por el mismo sentimiento melancólico de sus últimas composiciones líricas.

Del vate de Santa Cruz de Iguña conocemos además una leyenda *El Esclavo*, impresa en 1868. Escribióla Silió obedeciendo, según creemos, á un sentimiento noble y generoso pero

---

(1) En el libro titulado: *Desde el valle*, págs. 65 á 77.

un tanto sacado de quicio por la exaltación poética, y en la expresión no poco violento, cual puede juzgarse por estos versos de la invocación dirigida á *América*:

¿Qué mano misteriosa, qué potestad impía  
De sirtes y de escollos, de abismos al través,  
A tus ignotas playas llevó triunfante un día  
La frágil carabela del náuta genovés?...

¿Qué fué ante tí la gloria del inmortal marino,  
Cuando á la sombra inmensa de su triunfal pendón  
Miraste que fraguaban tu mísero destino  
El dolo y la codicia, la guerra y la opresión?

Tú viste de tus razas, tras hórrida agonía  
Sumirse en hondo abismo la esclava multitud,  
Tú viste á tus riberas llegar la tiranía,  
Tú has visto ¡ay triste! luego, llegar la esclavitud.

. . . . .  
Mas cese tu agonía! La luz de la esperanza  
Difunde ya en el cielo su dulce claridad,  
Y ya tus nobles hijos han visto en lontananza  
La nave que conduce tu virgen libertad.

Ya el mísero africano que entre tus brazos gime  
He oído que á lo lejos responde á su clamor.....  
Ya el mónstruo que esclaviza, y el angel que redime  
Para el postrer combate recobran su valor.

No es la oportunidad lo que más distingue á estos magníficos versos escritos y publicados cuando ardía en Cuba una guerra cruel contra la madre patria, y dedicados, por añadidura, á *un liberal cubano*. Aplaudimos la indignación del poeta contra la espantosa iniquidad

de la esclavitud, pero en cuanto á las mezquinas ideas históricas y aun errores de hecho que encierran los primeros versos, si las consentimos de buen grado en poetas de fines del siglo XVIII, en Quintana por ejemplo ó en el portugués Filinto, no los aprobamos de igual manera en quien escribía cerca de un siglo después, cuando tales declamaciones estaban gastadas y eran hasta de mal gusto literario. Aquello de

Virgen del mundo, américa inocente...

ó aquello otro de

Geme América ao peso  
Que insolente lhe agrava  
Dos vicios a cohorte maculosa,  
O veneno da Europa se derrama etc.

agrada en las odas *A la Vacuna ó La esclavitud* porque tiene allí el mérito de la novedad, sobre el de la expresión elegante y briosa, pero en escritores más modernos son *inocentadas* verdaderamente imperdonables.

Por lo demás la leyenda (1) que consta de diez capitulitos ó cuadros y se recomienda por

---

(1) *Biblioteca de la Voz del Siglo. El Esclavo, leyenda en verso, original de D. E. Silió y Gutiérrez.—Madrid, Imprenta de Tomás Fortanet, calle de la Libertad, núm. 21. 1868. 62 páginas, 8.º, Dedicatoria al distinguido liberal cubano D. N. Azcárate.*

la misma pulcritud y esmero de ejecución que todos los trabajos de Silió, nos parece, á pesar de esto, inferior en mucho al poema de *Santa Teresa* y á las composiciones líricas antes analizadas. La poesía pierde mucho en cuanto se pone al servicio de intereses sociales, políticos ó de cualquiera otra índole.

En el librito de Silió, que no es otra cosa que la triste historia de un pobre esclavo desde que se le arranca de las costas africanas hasta su muerte, hay verdadero sentimiento en muchos pasajes, sentimiento fácil de excitar por la condición del asunto; pero otras veces se entrega el vate á declamaciones no muy poéticas, más propias de arenga tribunicia ó de artículo de fondo que de una leyenda. Tampoco vemos clara la necesidad de introducir en su cuadro la repugnante figura de un sacerdote comprador y tirano de esclavos:

Ministro sólo de nombre,  
Que eleva en la propia mano  
El látigo del tirano  
Y la cruz del Redentor

• • • • •

Un ministro del altar,  
Un hipócrita inhumano  
Que á Cristo en el templo adora  
Y le vende en el hogar.

Todo esto puede disculparse en un libro de propaganda ó en una novela del género

*progresista*, pero sentimos verlo escrito por Silió, poeta de tan altas dotes y de tan simpático ingenio.

Además de las tres obras citadas publicó nuestro escritor en el periódico *La Voz del Siglo* una novela titulada *El Amor y la Patria*, y dió al teatro dos piececitas, una loa á la *Libertad*, escrita con motivo de la Revolución de Septiembre, y una zarzuela titulada *El Bardo de la Montaña*. Tenemos entendido que dejó inéditos tres dramas *Elena*, *Las Apariciones* y *La Tradición de la Aldea*, pero ignoramos su paradero. La índole de Silió que era enteramente lírica, nos parece poco adecuada á la poesía del teatro (1).

En resúmen, Evaristo Silió y Gutiérrez era lírico de egregias disposiciones, de profundo sentir y noble pensamiento, elegante y atildado al par que sencillo en la forma, en el lenguaje castizo, con raras excepciones, correcto y fluido en la versificación. A veces le falta nervio y robustez en el decir, suele adolecer de monotonía en las ideas y aun en las frases; su caudal poético no era muy rico. Pero así y todo ha dejado bastantes composiciones verdaderamente inspiradas que le alzan no poco sobre el nivel de los líricos de segundo orden. Nuestros lectores

---

(1) Aprovechamos gustosos esta ocasión para dar gracias á la familia de Silió, por habernos proporcionado noticias de este poeta.

han podido apreciarlo por las muestras arriba transcritas. Sirva este ensayo para despertar su recuerdo en los amantes de las cosas de nuestra provincia, que ni al poeta han de negar su estimación ni al crítico su indulgencia (1).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Santander 23 de Abril de 1876.

---

(1) Doblemente la necesito ahora por consentir en la reproducción de este ensayo infantil (1897).

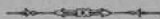




DESDE EL VALLE



# DESDE EL VALLE



## UNA TARDE



¡Tarde horrible! el horizonte,  
La alta esfera, negro velo  
    Recubrió;  
Triste, obscuro estaba el monte,  
Triste el valle, triste el cielo,  
    Triste yo!



En medio al cuadro sombrío,  
De pavora todo acento  
    Feneció;  
Mudo estaba el manso río,  
Muda el ave, mudo el viento,  
    Mudo yo!



De la aldea á la cabaña  
Buscó un ser mi vista... en vano  
Le buscó;  
Sola estaba la montaña,  
Solo el bosque, solo el llano,  
Solo yo!

—

Y tras el negro horizonte,  
Sólo el poder soberano  
Que hoy logró,  
Que ni una flor guarde el monte,  
Ni una el bosque, ni una el llano,  
Ni una yo!

—

Ah! del tiempo al honda saña,  
Seremos en este arcano  
Que él formó,  
Polvo estéril la montaña,  
Polvo el bosque, polvo el llano,  
Polvo yo!

---

## Á UN ARTISTA



Tal vez, cantor, cuando un hora  
Su vista el hombre levanta,  
Desde la cárcel do mora  
Ve el ave que vuela y canta,  
Mientras él cautivo llora!



Tal vez con mortal anhelo  
Demanda en pena tan grave,  
Por qué se remonta al cielo  
Libre y venturosa el ave  
Y él gime esclavo en el suelo!



Y en tanto que ciego anhela,  
Porque del dolor la nube  
Su triste mirada vela,

No ve el mundo á donde sube  
Cuando en pos del genio vuela!

—

¡Cuántas veces á tu acento,  
De la inspiración al grito,  
Habrá apagado el lamento  
Algún corazón sediento  
De adivinar lo infinito!

—

¡Cuántas veces de tu canto  
Volando algún alma al par,  
Sobre este valle de llanto,  
Se habrá remontado tanto  
Que habrá gemido al bajar!

—

¡Cuántas invocando al Ser  
Que tu acento diviniza,  
Habrás conseguido hacer  
Sobre la tibia ceniza  
La llama ferviente arder!

—

¡Canta, pues, artista, canta  
Con ese sublime anhelo  
Que el espíritu agiganta,  
Fija en la tierra la planta  
Y la mirada en el cielo!

—

---

¡Canta, y que el mundo se asombre  
Al volar del genio en pos  
A esos espacios sin nombre,  
Donde ya el alma del hombre,  
Siente el aliento de Dios!!

---





UNA FIESTA  
EN MI ALDEA

---

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO CRÍTICO

D. JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA

---

Hoy es fiesta; hay romería  
Delante de mi balcón.....  
¡Huya, ante tanta alegría,  
La eterna melancolía  
Que me oprime el corazón!

---

¡Ea danzadores, ¡ea!  
¡Prosiga el baile campal!  
¡Bailad, muchachas! que sea  
La fiesta de nuestra aldea  
La más alegre del val!

---

Hacedlo, para que así,  
La lengua envidiosa calle  
Que murmura por ahí,  
Que es de las fiestas del valle  
La más triste la de aquí.

—

Pero... ¿por qué gime aquella?...  
Siempre la misma querella:  
Él ingrato, y ella infiel!...  
Que apague sus ayes ella,  
Que oculte sus celos él;

—

Y á bailar, que causa el llanto  
A la alegría rubor,  
Y el caso no es para tanto;  
A bailar, y oído al canto.—  
¡Vaya una copla, cantor!

—

*Como esa flor que arrojas  
Ya deshojada,  
La flor se va quedando  
De mi esperanza:  
Y es, dulce prenda,  
Que mi llanto de fuego  
Su tallo quema!*

—

¡Así, muchachas, así  
Se goza hasta el frenesí;  
Dá la música al plácido encanto,  
En vértigo loco girando al danzar;  
Siguiendo el compás del canto,  
Mas sin oír el cantar!

---

¡Reid, gritad á porfia,  
Mientras dobla la canción  
Que aumenta vuestra alegría,  
La eterna melancolía  
Que me oprime el corazón!

---

¡Ea! danzadores, ¡ea!  
¡Prosiga el baile campal!  
¡Bailad, muchachas! que sea  
La fiesta de nuestra aldea  
La más alegre del val!

---

No bajeis mústias la frente  
Mirando el placer huir;  
No mireis al sol poniente  
Que en las cumbres de Occidente  
Va ya trémulo á morir!

---

Si hoy una flor se marchita...  
¡Pero qué! ya no se agita  
Ninguno en el baile?... ah!  
La campana de la ermita  
Pide una plegaria ya.

---

—Cesó el alegre clamor  
De las danzas bulliciosas,  
Sólo suena en derredor  
De mil preces misteriosas  
El sordo y triste rumor.

---

Ya se alejan los que huyeron  
Las montañas con afan,  
Y á la fiesta descendieron....  
Pero ¡qué alegres vinieron!  
Y ¡qué abatidos se van!

---

Todos se alejan.... ¡ah! cuánto .  
Crece mi eterna aflicción!  
Todos se alejan, y en tanto,  
Yo me quedo en mi quebranto  
Mudo y solo en mi balcón!....

---

Reina la noche triste; ni un acento  
Turba su muda y pavorosa calma  
Que espanto infunde al alma;  
Calla dormida el ave, calla el viento,  
É invisible cruzando el valle umbrío,  
Sume y ahoga su rumor profundo  
Allá en la hondura de su cáuce el río:  
¡Tal debió ser, antes que fuera el mundo,  
El eterno silencio del vacío!  
Horrible soledad, lúgubre y hondo  
Misterio por do quier: inmoble, inerte,  
Cuanto del valle se agitó en el fondo  
Halla en su fondo ya lecho de muerte.  
Llenan en tanto de su gasa umbría,  
Nublando el azul puro,  
Siniestras nubes la región vacía:  
Oscuro está mi valle, el cielo oscuro,  
Y ¡ay! oscura también el alma mía!  
Mas á veces la luna entre el misterio  
De las sombras riela en la montaña,  
Y ahora del lejano cementerio  
Sólo el recinto pavoroso baña!  
—Espíritus errantes que en su fondo,  
Donde la humana voz jamás retumba,  
Dejásteis ya el mortal légamo hediondo.  
Venid, y á solas, reveladme el hondo  
Misterio de la tumba.....  
¡Llegad! la noche, que adorais umbrosa,

Reina lóbrega aquí; todo sumido  
En su profunda oscuridad reposa,  
Y mi espíritu os llama desprendido  
De la materia odiosa!  
¡Llegad! decid á mi mortal anhelo,  
Si con vosotros vaga  
Donde tendéis el invisible vuelo,  
La dulce vírgen que mi amor halaga  
Cuando mi mente se remonta al cielo!  
¡Llegad! decidme si á su bien unida  
El alma, y desprendida  
De la opresora terrenal corteza,  
Verá que al fin de la mundana vida  
La que en sus sueños imagina empieza!  
Mas inútil clamor! la queja ruda  
Exhalo en vano y el mortal gemido;  
Mudos los cielos, y la tierra muda,  
Cuando el acento de la fe extinguido,  
Su voz levanta la angustiosa duda!  
Sólo responde á mi profunda pena  
Que alza su grito para el bien en vano,  
La triste voz de la ansiedad agena;  
Que otra vez por mi mal allá lejano  
El triste canto de la tarde suena:

*Como esa flor que arrojas  
Ya deshojada,  
La flor se va quedando  
De mi esperanza;*

---

*Y es, dulce prenda,  
Que mi llanto de fuego  
Su tallo quema!*

Hórrido valle donde el duelo mora,  
En medio de tu calma aterradora  
Que el ánimo quebranta,  
Hay un mortal que desvelado canta,  
Pero es un triste que cantando llora!  
¡Oh! tú que miras el anhelo mío  
Volar del mundo á la región que adoro,  
El ruego escucha que en mi afán te envío  
Ve que en la noche del dolor sombrío  
También, si canto, cuando canto lloro!

---





## LA NAVE

---

Allá va la nave;  
¿Quién sabe dó va?  
¡Ay! triste el que fia  
Del viento y la mar!  
(ESPRONCEDA)

Oscuro está el cielo, oscuro está el monte;  
Las cumbres velando y el rojo horizonte  
Desplega la sombra su lóbrego tul;  
Y allá entre las nubes, incierta derrama  
En trémulos rayos su pálida llama  
La luna que argenta la bóveda azul!

---

En calma sombría  
Los mares están,  
Y allá va una nave:  
¿Quien sabe dó va?  
¡Ay! triste el que fia  
Del viento y la mar!

---

Ya cruce las olas dormidas del lago,  
Ya el ancha llanura del piélago vago,  
Que á veces en calma fatídica está,  
Sin faro en la noche, ni rumbo á lo cierto,  
La nave en que el mundo se aleja del puerto,  
¿Quién sabe dó boga? quién sabe dó va?

---

Al soplo navega de varia fortuna  
Por mar que el sepulcro separa y la cuna,  
Y en su hórrido seno do impera el terror,  
«Bogad» van clamando las almas á coro,  
«Bogad do la dicha se compra con oro,  
Do reina la gloria, do vive el amor!»

---

Y allá va la nave:  
¿Quién sabe dó va?  
¡Ay! triste el que fia  
Del viento y la mar!

---

Espuma es el rastro, la efímera estela,  
Y el viento violento, que agita la vela,  
La envuelve en las ondas movidas por él,  
Y allá, do la vista del hombre no alcanza,  
Edenes simula falaz la esperanza,  
Y á rocas desiertas arriba el bajel!

---

En pos de la nave tinieblas y olvido;  
La angustia en su seno, con rumbo torcido  
De incógnitas leyes al fiero rigor,  
Tal vez en los mares, que surca al acaso,  
Mañana, la bruma rasgando á su paso,  
Do busca la dicha, contemple el dolor.

—

Y allá va la nave:  
¿Quién sabe dó va?  
¡Ay! triste el que fía  
Del viento y la mar!

—

Y yo también bogo sin faro ni guía,  
Buscando en la extensa llanura sombría  
El puerto que un día mi mente soñó;  
Y en vano pregunto con pena tan grave,  
Á dónde navego, que nadie aquí sabe  
Á dónde en mi nave mañana iré yo!

—

Viviente lumbrera que allá en las alturas  
Con férvida llama perenne fulguras,  
Y á playas oscuras nos miras bogar,  
Ó inflama la nave, ó ve la agonía  
Del hombre que boga sin faro ni guía,  
Del triste que fía del viento y la mar!

—————



## A UNA NIÑA



Ven, niña de azules ojos  
Y de dorados cabellos,  
Ven y dime, hermosa mía,  
¿Por qué has bajado del cielo?  
¿Por qué has venido á este valle  
De duras espinas lleno,  
Donde has entrado llorando,  
De donde saldrás gimiendo?  
¡Ah! tú en él de dar acabas  
Ahora el paso primero...  
¡Si supieras, angel mío,  
Cuánto se sufre aquí luego!  
No hay flor que no se marchite  
Sobre este infecundo suelo,  
Y eso que todos los días  
Le sirve el llanto de riego!...

Ya verás, luz de mis ojos,  
Cuando á realizar tus sueños  
Del campo de la esperanza  
Cruces los varios senderos,  
Ya verás cómo las flores,  
Que va tocando tu anhelo,  
Son flores de secas hojas  
Que lleva y deshace el viento.  
Ya verás qué triste late  
El corazón sin deseos  
Cuando así van poco á poco  
Las ilusiones huyendo!  
Ya verás... mas no, no mires,  
No cruces este desierto;  
El que en él fija tu planta  
Puede evitar tanto duelo.  
Ve, niña de azules ojos,  
Y de dorados cabellos,  
Angel que plegas las alas  
Al rumor de mi lamento,  
Ve pues, y ruega al que escucha  
De los ángeles el ruego,  
Que te vuelva, hermosa mía,  
Que te vuelva pronto al cielo!!

---

## EL IDEAL



¿Quién eres? ¿dónde estás?

Desde la vez primera que el alma mía  
La misteriosa melancolía  
De amor sintió;  
Desde el primer instante que mi cariño  
Tornóse amante pasión de niño,  
Te adoro yo!



Desde entonces tan sólo por tí amo y siento,  
Y no respiro sino el aliento  
Que tú me das,  
Desde entonces contigo van mis placeres,  
Y aún de tí lejos, ni sé quién eres,  
Ni dónde estás!



Yo te busqué en los campos del valle mío,  
Por las montañas y el bosque umbrío  
Doquier que fuí;  
Y al ver que tú encantabas otros lugares,  
Mi amada aldea, mis dulces lares,  
Dejé por tí!

---

De tus amores sólo sedienta el alma,  
Partí en mi pena, placer y calma  
Dejando atrás;  
Por tí esquivé el encanto de cien mujeres,  
Y aún de tí lejos, ni sé quién eres,  
Ni dónde estás!

---

Tal vez de los espacios del bien risueños,  
En las quimeras de mis ensueños  
Bajar te ví;  
Tal vez tendí los brazos, hallé el vacío,  
Y entre tinieblas, el llanto mío  
Brotó por tí!

---

Lamento misterioso de amor y pena  
Por tí doliente mi canto suena,  
Por tí no más;



Por tí ferviente implora los almos seres,  
Y aun de tí lejos, ni sé quién eres,  
Ni dónde estás!

---

¡Viviente luz que ciego mi amor ansía,  
Que triste llevas el alma mía  
Del tuyo en pos;  
Mujer á un tiempo y angel sin faz ni nombre  
Que el bien me ofreces que puede el hombre  
Lograr de Dios!

---

Virgen diosa del templo de mis placeres,  
¿Cuándo, qué día sabré quién eres  
Y dónde estás?....  
¡Ay! en vano esta duda mi pecho afana;  
Hoy mismo acaso!.... tal vez mañana!....  
¡Tal vez jamás!!

---



## LA CITA EN EL VALLE

---

Amor que al cielo pedí yo un día  
Virgen creada para mi bien,  
La queja escucha que amor te envía,  
    Ven, alma mía,  
    Mi encanto, ven!

—Pálido y triste reflejo baña  
La ancha pradera, que sola está,  
Y allá en la cumbre de la montaña  
Del sol los rayos se quiebran ya!

---

Tu amor disipe la sombra impía  
Con que la duda nubló mi bien,  
Antes que muera la luz del día,  
    Ven, alma mía,  
    Mi encanto, ven!

—Lívido y ténue reflejo baña  
La ancha pradera, que sola está,

Y allá en la cumbre de la montaña  
Del sol los rayos se apagan ya!

---

Amor que ciego busqué yo un día,  
Dicha inconstante, mentido bien,  
Postrer encanto del alma mía,

Tú mi agonía  
Serás también!

—Ah, ni un reflejo los campos baña  
En su llanura, que sola está,  
Y allá en la cumbre de la montaña  
Lóbrega reina la noche ya!

---

## LA VIDA

---

A la voz que en sí propia sér y alma lleva,  
Del gérmen de la vida surge una nueva  
                    Generación;  
Y nueva caravana, sin rumbo cierto,  
Va indecisa del triste vital desierto  
                    Por la extensión.

---

Su espíritu se inquieta, su anhelo crece,  
De su inocencia el sueño se desvanece  
                    Por siempre ya:  
Su pecho por la dicha fugaz se afana,  
Y así por el desierto la caravana  
                    Marchando va.

---

Tal vez el bien vislumbra porque suspira;  
Mas anda, y cuando cerca la visión mira,  
                    Su bien no ve;

Y así, presa mil veces del desencanto,  
El arenal estéril riega con llanto  
¡Su amante fe!

---

Tal vez su inútil marcha parar medita,  
Mas la esperanza entonces tenaz le grita:  
«Ve más allá...»  
El bien, que hoy busca, espera lograr mañana;  
Y así por el desierto la caravana  
Marchando va!

---

En pós de anhelo tanto, de tanta pena,  
Un día surgir mira sobre la arena,  
Fascinador,  
El oásis que, al ansia mortal abierto,  
De palmas y de flores en el desierto  
Labró el amor.

---

Ya la aridez no siente por do camina,  
Ya sólo ve el recinto do se avecina  
Su frenesí;  
Sus ilusiones crecen, le invade ufana,  
Y el angustioso viaje la caravana  
Detiene allí.

---

Mas el Estío llega, y, á sus rigores,  
Para su anhelo pierden palmas y flores  
Su encanto ya;  
Un nuevo desengaño su pecho afana;  
¡Y otra vez el desierto la caravana  
Cruzando va!

---

Y ya en vano su pena calmar procura,  
Nuevos afanes halla, nueva amargura,  
La dicha no.  
¡Que en el triste desierto, do anhela tanto,  
Sólo se halla el oasis de breve encanto  
Que atrás dejól!

---

Y aún avanza, y aún lucha con su agonía;  
Pero lejos, muy lejos, trémula guía  
La planta allá...  
Seguirla ya no puede la vista humana...  
¡Ya sólo Dios ve á dónde la caravana  
Marchando va!

---

Y así por el desierto, yo peregrino,  
Apartar quiero en vano de su camino  
Mis pasos hoy,

El mismo afán, la misma vereda tengo;  
¡Y sólo el cielo sabe de dónde vengo  
Y á dónde voy!

—

Y así generaciones sin cuento han ido  
Perdiéndose á lo lejos, el pecho herido  
Del mismo afán;  
Así espiran las tristes glorias humanas,  
Y así por el desierto las caravanas  
Pasando van!

—



## A ESPERANZA



Presa del duelo con que el alma olvida  
De ayer los sueños hoy,  
Por el árido yermo de la vida  
Doliente y sólo voy!



Y aunque de mi vereda el fin incierto  
Mi espíritu no vé,  
Me espanta la extensión de este desierto  
Donde he fijado el pié!



Mas ah! si alguna vez pregunto dónde  
Mi pena fin tendrá,  
Un eco misterioso me responde:  
«¡Camina, más allá!...»



Yo conozco la voz que en mi agonía  
Me alienta y calma así:  
¡Ay! mísero de mí si calla un día,  
¡Ay! mísero de mí!

—

Ella tan sólo á prometerme viene  
Un término á mi mal:  
Ella, la voz de la virtud que tiene  
Un nombre al tuyo igual!

—

Ruégale, pues, que en la vereda mía  
me aliente siempre así;  
Que ¡ay! mísero de mí, si calla un día,  
¡Ay! mísero de mí!

---

## MEDITACIÓN



Los pensamientos que me entristecen  
¿De dónde vienen? ¿a dónde van?

ZORRILLA.

Los pensamientos que me entristecen  
¿De dónde vienen? ¿a dónde van?  
Cuando á mí llegan mi fe oscurecen,  
Y cuando lejos desaparecen,  
Crece mi amargo, doliente afan!



¿De dónde vienen?—Mi fe lo ignora.  
Tal vez del alma, que esclava llora,  
Vagos recuerdos de dicha son.  
¿A dónde vuelan?—Mi afan no sabe,  
Si á un mundo suben donde él no cabe,  
O dentro espiran de su región.



Yo sólo alcanzo su amargo duelo  
Cuando en mí paran su errante vuelo,  
Y cuando dejan, de mí al pasar,  
En el vacío suspensa el alma,  
Cual débil nave que triste calma  
Detiene en medio del ancho mar!

—

Y en esta vaga región oscura  
Tal vez las sombras de mi amargura  
Pasar con ellos jamás veré,  
Hasta que el alma triunfal remonte  
Su vuelo en busca de otro horizonte  
Que ansiosa mira mi eterna fe!

—

En tanto, lejos de su esperanza,  
El alma mía, que el bien no alcanza,  
Gimiendo vive con hondo afán;  
¿Por qué entre sombras mis penas crecen?  
Los pensamientos que me entristecen  
¿De dónde vienen? ¿á dónde ván?...

---

Á LA SEÑORA

D.<sup>a</sup> JUANA FERNÁNDEZ DE ANSORENA

EN SUS DÍAS



Un férvido canto de varia armonía,  
De rápidas notas y plácido son,  
Alzar hoy del arpa que pulso quería,  
Queriendo que hiciera mayor tu alegría  
Mi alegre canción!



Mas vano mi intento, feliz cantinela  
Del arpa que pulso no pude elevar,  
Porque ¡ay! á su acento que lánguido suena,  
Tan sólo las trovas que inspira la pena  
Me es dable cantar!



Y en vano me finjo la dicha cercana,  
Y alzar quiero un punto la voz del placer,  
Pues voz más potente me grita inhumana  
Que en triste recuerdo se torna mañana  
La dicha de ayer!

—

Y en vano, buscando del gozo la idea,  
Hoy vuela mi mente do un tiempo le ví,  
Do gira la danza feliz de mi aldea,  
Que hoy sólo el alarde risueño campea  
Del júbilo allí!

—

Allí de la bella, que oyó sus clamores,  
Hoy orna el amante la agreste mansión  
Con rústicos ramos, y cintas, y flores  
Que emblema sencillo de dichas y amores  
Pacíficos son.

—

La pura alegría que el alma recrea,  
Los dulces placeres hoy reinan allí;  
Mas hoy del mañana me finjo la idea,  
Y en triste reposo contemplo la aldea  
Do el júbilo ví!

—

Un sol que declina con ténues fulgores  
Tras árida cumbre nublándose va,

---

Suspiran los tristes nocturnos rumores,  
Y secos los ramos, y mustias las flores,  
Deshójanse ya!

—

Así lo que emblema de gozo es un día  
Se nubla, á mis ojos, del tiempo al través;  
Y así, cuando quiero cantar la alegría,  
Mi mente contempla la pena sombría  
Que llega después!

—

Por eso, perdona si mi cantinela  
No pude hoy, amiga, feliz entonar;  
Que el arpa en mis manos alegre no suena,  
Que sólo las trovas que inspira la pena  
Me es dable cantar!

---





## LOS VIAJEROS

---

Á MI MUY ESTIMADO AMIGO EL CONOCIDO JURISCONSULTO

Y PUBLICISTA DON NICOLÁS AZCÁRATE



Allá cuando yo era niño,  
Mi candorosa ignorancia  
Creyó que el mundo era sólo  
El valle do yo moraba.  
Llegué á conocer las penas,  
Supe alzar una plegaria,  
Y aun al decir: «suspiramos  
En este valle de lágrimas»,  
Mi mente no trasponía  
La cumbre de las montañas.

---

Cuando cruzando mi aldea  
Los caminantes pasaban,  
Y mi vista los seguía  
Por la senda solitaria,  
Mientras ellos poco á poco  
Monte arriba se alejaban;  
Al mirarlos de la sierra  
Tras la cumbre más lejana  
Como sombras abismarse,  
Yo entre dudas meditaba:  
«¿A dónde irán los viajeros  
Que trasponen la montaña!»

---

Llegó un día; mi destino  
Me dijo: «despierta y anda»,  
Y alejados para siempre  
Los ensueños de mi infancia,  
A mi vez yo monte arriba  
Seguí con trémula planta  
Aquella senda por donde  
Los viajeros se alejaban.  
Traspasé la agreste sierra,  
Llegué á la cumbre más alta,  
Vi otros valles y otros montes;  
Vi otro mundo en lontananza!...  
Y me fuí con los viajeros  
Más allá de la montaña.

---

Caminando y meditando  
Por las tierras ignoradas,  
Huyó el niño, quedó el hombre,  
Y otras dudas hoy me asaltan.  
Hoy que tristes ya los ojos  
He mirado con el alma  
Y he visto que el mundo entero  
No es sino un valle de lágrimas,  
Cuando sigo con la mente  
Los caminantes que pasan  
Y se abisman tras la cumbre  
Do la muerte los aguarda,  
Otra vez, como en mi valle,  
Pienso entre dudas amargas:  
«¡A dónde irán los viajeros  
Que trasponen la montaña!...»

—

En la cima de ese monte  
Detenida mi esperanza,  
Que ora ve risueños campos,  
Ora estériles comarcas,  
Yo en el valle, en vano ansío  
Descubrir, tras nube tanta,  
Si del sueño de la vida  
Despiertan allí las almas  
En las sombras de la noche,  
O á la luz de la alborada.  
Sólo sé que al fin un día,

Tal vez hoy, quizá mañana,  
La postrera voz que oímos  
Me dirá: «despierta y anda»;  
Y me iré con los viajeros  
Que trasponen la montaña!

---

# LA MAGDALENA

---

FRAGMENTO

---

## INTRODUCCIÓN

Sus alas una noche tendió sobre Judca  
El amoroso espíritu que al mundo anuncia el bien,  
Y un eco misterioso para la humana idea,  
Así clamó en los aires y resonó en Belén:

---

«Levanta ya la frente  
Oh! mísera mortal,  
La luz que tu alma anhela  
Mañana brillará!

---

Y en tanto entre los turbios vapores del Mar Muerto,  
Donde el Cedron sepulta su despeñado mar,  
Más triste que gemido del viento en el desierto  
Clamó otra voz que oía Bethania resonar:

---

•Del templo de Magdalo  
Tú á ser la diosa vas,  
Yo velaré á tus ojos  
La oscura eternidad!

---

Y así los dos acentos  
Llevados de los vientos  
Nocturnos á la par,  
En la extensión perdidos  
Sonaron confundidos  
De nuevo al espirar:

---

•Yo velaré á tus ojos  
La oscura eternidad!•  
¡La luz que tu alma anhela  
Mañana brillará!!

---

## CUADRO PRIMERO



Trémulo el sol que declina  
Por el lejano horizonte,  
Se vela tras la neblina  
De la mar occidental,  
La noche avanza y sombrea  
La extensión de Galilea,  
Que aún ve las cumbres del monte  
Y los abismos del val.



Aún ve el Líbano do al cielo  
Su copa el cedro avecina,  
Los rosales del Carmelo  
Y el palmar de Gelboé,  
Y del aura vespertina  
Movidas al blando halago,  
Las rizas ondas del vago  
Lago de Genessaret.



Mas cierra la noche, y brilla  
Súbito deslumbradora  
Del manso lago á la orilla  
Y en su líquido cristal,  
Una mansión que atesora  
En su fantástico espacio  
La riqueza del palacio  
De una princesa oriental.

—

Las áureas telas de Tyro,  
La pérsica pedrería,  
Los primores del retiro  
Del más remoto confín  
Muestra allí un salón de rara  
Y seductora armonía,  
Que al regalo se prepara  
De un espléndido festín.

—

Ceñida la altiva frente  
De las perlas más preciadas,  
Rica de gala esplendente,  
Allí Magdalena está;  
Pero tristes sus miradas  
Por aquella estancia giran,  
En cuyo ambiente se aspiran  
Los aromas de Sabá.

—



Y «vano intento» murmura:  
«Loca esperanza! el encanto  
De mis sueños de ventura  
No cabe en esta región!  
Las horas pasan, y en tanto  
No halla el pensamiento mío  
Con qué llenar el vacío  
Que siento en el corazón!

---

Los eternos amores  
Que viven del sentimiento,  
Esos únicos fulgores  
Que lanza la dicha aquí,  
Tal vez por mi mal profundo,  
Pierden su brillo á mi aliento...  
Tal vez no hallaré en el mundo  
Quien me los inspire á mí!...

---

¡Ah! ¿por qué así el alma anhela  
La dicha que aquí no alcanza  
Cuando la duda nos vela  
Otra región más allá?  
¿Por qué la incierta esperanza  
Por espacios peregrina  
Que ya la fe no ilumina  
Ni el alma vislumbra ya?

---

¡Si miro la noche oscura  
Del porvenir, sólo miro  
La sombra de la amargura,  
La dicha que anhelo, no! —  
Aquí del alma doliente  
Lanzó un amargo suspiro,  
Y una lágrima ferviente  
De su pupila brotó!

—  
—¡Fatal mudanza de vida!  
Clamó á este punto, afligida  
Una anciana servidora  
Que la oía suspirar;  
No busques en Galilea  
La paz que tu alma desea,  
Vuelve á Bethania, Señora,  
Vuelve á tu tranquilo hogar!

—  
Allí sin desvelo tanto,  
Y libre, gracias al cielo,  
De este profundo quebranto,  
Siempre tranquila te ví;  
Reprime el funesto anhelo  
Que de tu lares te aparta,  
Mira que Lázaro y Marta  
Viven felices allí!

—

—«Te engañas, Dina, entre enojos  
Le replicó Magdalena,—  
La paz que allí ven tus ojos  
No es la dicha que amo yo;  
Vida de encanto más llena  
Busca mi afanoso empeño;  
Pero esa paz que es el sueño  
Del alma rendida, no!

—  
¡Antes que esa vida inerte,  
Flor sin color ni fragancia,  
Que me depare la suerte  
La del inquieto pesar!»  
Dijo; y cruzando la estancia,  
Su reflejo deslumbrante  
Fijó su vista delante  
De la piedra especular.

—  
Prendió en la diadema, orlada  
De refulgentes destellos,  
Las hebras de sus cabellos  
Sueltas al aura sutil,  
Ciñó al talle peregrino  
La ancha túnica nevada,  
Y dió al manto purpurino  
La airosa forma gentil.

—

Fingió en su semblante el blando  
Aspecto de la alegría,  
Cerca la córte mirando  
Que á la fiesta convocó,  
Llenó el vecino aposento  
Fantástica melodía,  
Y el plácido arrobamiento  
De la velada empezó!

\*  
\* \*

Reinaba en la fiesta de un sueño el encanto,  
En ella prestaban al dulce placer  
La altiva fortuna su espléndido manto,  
Su faz la belleza, el genio su canto,  
Su luz el saber.

—  
El alma hechizada soñaba y sentía  
El hálito á un tiempo del gozo y la paz,  
Que, presa entre tantos placeres, había  
Parado en la estancia la inquieta alegría  
Su vuelo fugaz.

—

Mas fué; la velada gentil desaparece  
Nublando en la sombra su vivo esplendor  
Las galas se ocultan, la luz palidece,  
Y en flébil murmullo se torna y fenece  
Su alegre rumor.

---

La extrema armonía que lánguida suena  
Se apaga del triste salón al través,  
Y ausente ya el gozo, sus ámbitos llena  
La pálida y muda visión de la pena  
Que llega después.

---

Y allí solitaria y en hondo quebranto,  
Mirando en la mente la dicha que huyó,  
Está Magdalena que, en júbilo tanto,  
Ni un punto del dulce benéfico encanto  
Tranquila gozó.

---

La grata lisonja cantando á su oído  
Más honda ha tornado su angustia fatal;  
Un coro de amantes que lanza al olvido  
Ha visto á su altiva belleza rendido,  
Mas no su ideal.

---

Así la alegría de fúlgido vuelo  
Nublada á sus ojos é incierta pasó,  
Y así, redoblando su férvido anhelo,  
Pasó la velada feliz, mas su duelo  
                  Recóndito, no!

---

SANTA TERESA DE JESUS

**POEMA**





VICARÍA ECLESIASTICA  
DE  
MADRID Y SU PARTIDO

---

**E**x cumplimiento de lo que V. S. me previene en su atento oficio de 10 del corriente, he examinado con el mayor esmero y detención el manuscrito en verso titulado SANTA TERESA DE JESUS, que el Sr. D. Evaristo Silió y Gutiérrez, autor del mismo y de esta vecindad, tiene solicitado imprimir y publicar.

El libro ha parecido al que suscribe bellísimo, literariamente considerado; y en cuanto á su fondo, nada contiene que se oponga al dogma católico, sana moral y hechos que han trasmitido hasta nosotros los escritores diversos, muy respetables y autorizados, que se han ocupado de la vida de esta Santa. Por todo lo cual creo que no hay inconveniente en que V. S. le conceda la licencia que para su impresión y publicación tiene solicitada.

Tal es mi parecer, salvo meliori. V. S. sin embargo resolverá lo que fuere de su superior agrado.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 11 de Enero de 1867.—Dr. Felipe Velázquez y Arroyo.—Ilmo. Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid y su partido.

Madrid 12 de Enero de 1867.—Es copia.—Juan Moreno.



NOS EL DR. D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS,

PRESBITERO, VICARIO, JUEZ ECLESIASTICO ORDINARIO DE ESTA M. H. VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

**P**OR la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el poema que con el título de SANTA TERESA DE JESUS, ha compuesto y desea publicar D. Evaristo Silió y Gutiérrez, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid once de Enero de mil ochocientos sesenta y siete.

DR. LORENZO

Por su mandado,

LIC. JUAN MORENO GONZÁLEZ



# SANTA TERESA DE JESUS



## POEMA



### Á TÍ



Enamorado espíritu, vivifica lumbreira,  
Que ante mi anhelo apartas las sombras del dolor,  
Que á la región sublimas, do la verdad impera,  
Mis sueños terrenales de inmenso y puro amor!



Tu vivo rayo orienta mi mente oscurecida,  
Tu aliento inmortal hace mi corazón latir;  
Tú la esperanza sola de mi terrena vida,  
Tú el sol que alumbra eres mi oscuro porvenir.



Por tí, la luz buscando desde este valle umbrío  
Los ojos á la altura, como Teresa; alcé,

Por tí su queja amante remeda el canto mío,  
Por tí le sube al templo de lo inmortal mi fe!

—

Si en él la voz escuchas de mi profundo duelo  
Y el galardón me guardas que invoco en mi ansiedad,  
Si á descender te aprestas para calmar mi anhelo,  
¡No tardes, alma mía, no tardes, por piedad!

—————

## INTRODUCCIÓN



Sufriendo los rigores de inevitable suerte  
En cárcel que eñida de eterna sombra está,  
El mundo gira en torno del trono de la muerte,  
Sobre las huecas tumbas de los que fueron ya.

Cuando en ferviente anhelo, levanta su querella,  
Y un rayo le ilumina de la celeste luz,  
Descubre entre las sombras la misteriosa huella  
Que al pedestal conduce de la cristiana cruz.

Si pavidó la evita, doliente ó loco avanza  
De nuevo en angustiosas tinieblas á gemir;  
Si férvido la emprende, descubre su esperanza  
La inmensidad gloriosa que cela el porvenir.

—Tal es de los mortales el terrenal destino:  
O entre tinieblas moran, ó siguen la virtud;  
Mas ah! cuán pocos miran su resplandor divino!  
¡Cuán ciega y triste yace la tibia multitud!

—Cautivos arrojados por la Eteranal sentencia  
Al fondo de esta cárcel de horrible oscuridad,

¿Qué es ¡ay! en pena tanta la mísera existencia,  
Si el alma no vislumbra la eterna libertad?

¿Qué voz mundana puede templar su amargo duelo  
Cuando anhelante mira y el porvenir no ve?

¿Qué bienhechor espíritu mostrarla puede el cielo  
Si lejos de ella vuela el ángel de la fe?

Ah! si tornais un punto al escuchar su nombre,  
De su divina antorcha vuestra mirada en pos,  
Oid el canto férvido que hoy brota, en bien del hombre,  
Del arpa que en mis manos clemente ha puesto Dios!

Oid; voy á cantaros la peregrina historia  
De una mujer, de un ángel que en esta vida fué:  
Tal vez mi fe vislumbra un rayo de su gloria,  
Tal vez vuestra alma alumbre un rayo de mi fe!

---



## PRIMERA PARTE



### LA INOCENCIA Y LA FE (\*)



#### I

Al despuntar la perfumada aurora  
De claro día en la estación más bella,  
Cuando las flores en los campos nacen,  
Y en el cielo la luz, nació Teresa [1].  
Venida al mundo para dar al hombre  
Del verdadero amor sublime idea,  
Comenzó á ser cuando de amor suspira  
Cuanto del mundo en la región alienta.  
Profetizando su vital destino  
Al contemplarla por la vez primera,  
Abrió la virgen tutelar del claustro

---

(\*) Las notas al fin del poema.

De un monasterio las sagradas puertas,  
Siguiendo entonces, el suspiro amante  
Que ya exhalaba de su seno tierna,  
Tendió mil veces jubiloso el vuelo  
Su angel guardián á la ofrecida celda,  
En pos dejando por el aire vago  
Flotante, pura y luminosa estela.  
Tal vez dijeron, de su cuna en torno,  
Signos que hablaban á la fe sincera,  
La alta virtud de que en sus tiernos años  
Dió ya visibles y seguras muestras.  
Cuando aún su labio angelical podía  
Cabal palabra pronunciar apenas,  
Ya dulces preces sublimaba al cielo,  
En el perfume de la unción envueltas.  
De los devotos monacales usos  
Copias sus juegos infantiles eran,  
Y sus pueriles fábricas, remedo  
Del pobre albergue de cristiano asceta.  
Así en su dulce y amorosa infancia,  
Con los reflejos de la fe más bella,  
Un día quiso dirigir sus pasos  
A donde sólo el heroísmo llega.

---

## II

Era el fin de una tarde; era la hora  
En que, velado, el luminar del día  
Con rayos de mortal melancolía  
Las altas cumbres de Occidente dora.  
En su jardín, de un sáuce cobijada  
Bajo el ramaje de rumor doliente,  
Leía enajenada  
Teresa un libro santo, acompañada  
De un infantil y fervoroso oyente [2].  
Era el libro una historia  
Que, en pavoroso cuadro, á la memoria  
La muerte de los mártires traía;  
De aquellos héroes de la fe que un día  
Probó el tormento y coronó la gloria;  
Y presa de emoción el alma pura,  
Clamó Teresa con acento blando,  
Poniendo fin á la ejemplar lectura:  
«¡Cuándo, Rodrigo, cuándo  
Lograremos los dos igual ventura!»  
—¿Ventura, hermana mía,  
Replicó el niño con amargo duelo,

Juzgas ese tormento, esa agonía?  
—Sí, que es ventura, padecer un día,  
Siguió Teresa, si se gana el cielo!  
Ya lo has oído: para siempre alcanza  
El martir gloria y celestial bonanza;  
Y á sus verdugos el Señor condena  
A sufrir, sin consuelo ni esperanza,  
Para siempre también horrible pena.  
—¡Para siempre el tormento!  
Repitió el niño con medroso acento.—  
Y mirando del martir la victoria,  
Clamó Teresa con febril contento:  
¡Para siempre la gloria!!!—  
Y cada cual, dentro del alma, en guerra  
Con sus propios enojos,  
Ella alzó al cielo los serenos ojos,  
Y triste, el niño los fijó en la tierra.  
Así mirando al eterno destino,  
Rodrigo prosiguió con hondo anhelo:  
—Y dí, Teresa, dí, ¿por qué camino  
Vamos nosotros á ganar el cielo?  
—Por el camino, respondió gozosa  
La dulce niña, que seguir desea  
Un alma fervorosa;  
Dios abre al martir la mansión gloriosa,  
Nuestro camino el del martirio sea.  
Partamos á otra tierra, á Morería,  
Donde tiene la Cruz tanto enemigo,

Y mártires allí muriendo un día...  
Pero tiembles?...—Ah! no, Teresa mía,  
Si tú te alejas, partiré contigo!  
—Pues bien, mañana al despuntar la aurora  
Para tierra africana  
Emprenderemos el camino; ahora,  
Guarda el secreto, fortaleza implora,  
Y hasta mañana, pues.—Hasta mañana.—  
Calló, alejados ya, la voz ferviente  
De entrambos niños, á la par que hundía  
Su último rayo el sol en Occidente:  
Cuando no pudo iluminar su frente,  
Bajó la suya el luminar del día.

---

## III

Brillaba en Oriente apenas  
El resplandor matutino,  
Cuando de Ávila salieron  
Los dos fervorosos niños [3].  
Iba tranquila Teresa  
Mas, pesaroso, Rodrigo,  
La vista tornando á veces  
Lanzaba amargos suspiros.  
Advirtiélo al fin la niña,  
Y en suave acento le dijo:  
¿Por qué vas triste? ¿Por qué  
Suspiras, hermano mío?  
¿Temes la pena que tantos  
Con alegría han sufrido?  
¿Temes lo que temen sólo  
Las almas de los impíos?  
—No, Teresa, no lo temo,  
Respondió ferviente el tibia;  
Ni la tortura me espanta,  
Ni ante la muerte me aflijo;  
Pero se tornan mis ojos

A nuestra vivienda, y miro  
Que para siempre, á este punto,  
De nuestros padres huímos;  
Y por eso, hermana mía,  
Sólo por eso suspiro.  
Y así angustiado diciendo,  
Vertió una lágrima el niño,  
Que se unió sobre las flores  
A una gota de rocío.

—Medita, siguió Teresa,  
Medita que es el camino  
Que vá derecho á la gloria,  
El que conduce al martirio;  
Medita que nuestros ruegos,  
Mañana en el cielo oídos,  
Abrirán á nuestros padres  
Las puertas del Paraiso;  
Medita, en fin, que esta ausencia  
De vivir nos hace dignos  
En su eterna compañía,  
Y en eterno regocijo.

—Sí, sí, dices bien, Teresa,  
Clamó alegre el afligido,  
¡En su eterna compañía,  
Y en eterno regocijo!  
Oh! apresuremos el paso,  
Que ya no dudo ni gimo!—  
Esto trataban los dos

Infantiles peregrinos,  
Cuando súbito encontraron  
Con un deudo muy su amigo,  
Con un anciano que al verlos  
Preguntólos sorprendido:  
—¿A dónde tan de mañana,  
A dónde vais, hijos míos?—  
Bajó los ojos Teresa,  
Ruborizóse Rodrigo,  
Y ambos guardaron silencio  
Sobre sus santos designios.  
Interrogólos entonces  
El anciano con más vivo  
Interés, y al fin Teresa  
Respondió en acento tímido:  
—«Vamos á tierra de moros  
A morir por Jesucristo».  
¡Cómo, replicó el anciano  
Maravillado al oirlo,  
—¿Que vais á tierra de moros..  
—A morir por Jesucristo,  
Los dos niños repitieron  
Entrambos á un tiempo mismo.  
—Y ¿quién, continuó el anciano  
Os manda tal sacrificio?  
—Nadie, respondió Teresa:  
Vos lo sabeis, está escrito  
Que el martir gana la gloria,



Y ganarla hemos querido.  
—Pues bien, ordenó el anciano,  
Tornad al hogar conmigo;  
Que siguiendo aquí la senda,  
Que hasta ahora habeis seguido,  
Llegareis un día al cielo  
Donde el justo tiene asilo,  
Sin ir á tierra de moros  
A morir por Jesucristo.—  
Escucharon de su deudo  
El mandamiento sumisos,  
Y ambos al hogar tornaron  
Tristes, por no haber podido  
Partir á tierra de moros  
A morir por Jesucristo.

---

## IV

Siguiendo siempre con fervor la huella  
Emprendida en sus años infantiles,  
Y paz y gozo conquistando en ella,  
Llegó Teresa hasta los doce abriles  
Cual un querube candorosa y bella.  
Bajo las alas de la fe adormida,  
Tal vez soñaba contemplar sereno  
El horizonte de su dulce vida,  
Cuando fué el hora en que sintió su seno  
Del mal primero la primera herida.  
—Era una noche; en ansiedad constante,  
Teresa contemplaba  
El lívido semblante  
De una enferma mujer agonizante,  
A cuyo lado con amor velaba.  
Mirábala Teresa suspendida,  
Cual si intentase, en su dolor profundo,  
De la enferma abatida  
Infundir en el rostro moribundo  
Un rayo más de animación y vida.

Pero inútil intento:  
El silencio turbando, que ya apenas  
Interrumpía su cansado aliento,  
La agonizante suspiró: «Presiento  
Que hoy... hija mía... cesarán mis penas.  
Ansiosa en torno giro...  
La vista amortiguada,  
Y menos... cerca miro  
Esta carcel terrena... en que aún respiro...  
Que la región... de la eternal morada.  
No sé qué extraño anhelo...  
Dulcísimo y profundo  
Me hace soñar... que en apacible... vuelo...  
Voy poco á poco... abandonando el mundo...  
Y poco á poco... vislumbrando el cielo.  
Sí... sí... yo miro... miro...—En este instante  
Por siempre enmudeció, y allá distante  
Su último acento un eco repetía,  
En tanto que Teresa, delirante,  
La estrechaba clamando: «¡Madre mía!  
¡Madre mía! ¿qué voz consoladora  
Podrá mi pena mitigar ahora?  
Mas súbito apagó su clamor blando,  
La imagen dolorida contemplando  
De la que es madre del mortal que llora.  
Postróse, mitigada su amargura,  
Ante la efigie virginal de hinojos  
La niña sin ventura,

Y dijo, alzando los tranquilos ojos  
Que tantas veces elevó á la altura:

Tú que nuestro duelo  
Con amor consuelas,  
Mira los pesares  
Que lamento yo;  
Tú que desde el cielo,  
Por el triste velas,  
No me desampares,  
Madre mía, no!

---

Ya que es mi destino  
Que las penas mías  
Llore en mis azares  
Solitaria yo,  
Tú que en el camino  
De la fe me guías,  
No me desampares,  
Madre mía, no!

---

¿Qué pecho afligido,  
Qué humana agonía  
Paz sobre las aras  
De tu altar no halló?  
¡No, no has desoido  
La plegaria mía!

---

¡No me desamparas,  
Madre mía, no! [4]

—

Dijo; mil veces con creciente anhelo,  
Besó la efigie virginal, en calma  
Sintió trocarse su profundo duelo,  
Y en éxtasis de amor suspensa el alma,  
Alzó gozosa la mirada al cielo!

---



## SEGUNDA PARTE



### LAS PASIONES



#### V

Reina la noche lóbrega;  
Lanzando á treguas rojos  
Fulgores de sus ojos,  
En el espacio ciérnese  
Fatídico Satán [5];

Retumba el eco lúgubre  
De su siniestra boca,  
Y así su voz convoca  
A la legión de espíritus  
Que al mando suyo están:

•En calma un punto á los mortales míseros  
»Vivir dejad,

»Rasguen las alas que os presté la atmósfera;  
»Venid, llegad!»

—

Dijo; y cual viva ráfaga,  
Magnética su voz,  
Alzó hasta sus piés súbita,  
Alígera legión.

—

Tiende Satán la temblorosa diestra  
De pálido marfil,  
Y la heroína valerosa muestra  
que es fuerza combatir.

—

A la señal de su caudillo, mira  
El lúgubre escuadrón,  
Y ve una virgen, cuya fe le inspira  
Colérico terror.

—

«¡Cómo!» irritado Belcebú rebrama  
Al pávido tropel,  
»No hay quien se atreva á sofocar la llama  
Que alienta esa mujer?

—

Y al ver que aun débil su legión la mira  
Y retrocede más,



Sus alas hace rechinar de ira  
Frenético Satán!

---

De sus pupilas irritadas lanza  
Centellas de furor,  
Y hacia su hueste temblorosa avanza  
Que ceja en confusión.

---

Ruge y se agita, se apacigua y ruega,  
E impávidas al fin,  
La loca Vanidad y la Ira ciega  
Se aprestan á la lid.

---

Retiembla el rey de la legión precita  
Al verlas á sus piés,  
Y señalando hacia la tierra, grita:  
«Partid! volad! venced!»

---

Dijo, y escuchada apenas  
La imperiosa ordenación,  
El aéreo conciliábulo  
Súbito desapareció.

---

## LA VANIDAD



## VI

Melancólica la luna  
Envía límpido al suelo  
Su fulgor;  
Es de esas veladas una  
En que el hombre mira al cielo  
Con amor.



Sin saber por qué se afana,  
Teresa suspira y ora  
Con pesar  
De su albergue á la ventana,  
Que una planta trepadora  
Sube á orlar.



Posa en la diestra la frente  
Con el lánguido desmayo  
Del dolor,

É ilumina dulcemente  
De la luna al tibio rayo  
Su candor.

---

Funesta melancolía  
La ha trocado en amargura  
La quietud,  
La dulce y santa alegría,  
Que infunde en el alma pura  
La virtud.

---

Y aunque en las horas serenas  
De la noche solitaria  
Suele orar,  
Hoy su labio puede apenas  
Fervorosa una plegaria  
Pronunciar.

---

Y como en vano procura  
Levantar su tibio ruego,  
Busca y ve  
Un libro cuya lectura  
Aviva en el alma el fuego  
De la fe.

---

Mas al tender á él la mano,  
Contempla maravillada  
Dél en pos,  
Un nuevo libro profano,  
Y se siente cautivada  
Por los dos.

---

Duda, vacila angustiosa,  
Y de su virtud en tanto  
Por triunfar,  
La Vanidad engañosa  
Hizo en su pecho este canto  
Resonar:

---

«¡Cuán ilusa, cuán ciega se afana  
El alma que insana,  
De las dichas combate á través!  
¡Cuánto ¡ay triste! si triunfa en su anhelo,  
Verá sin consuelo  
La funesta victoria después!

---

En la lucha fatal combatidas,  
Sus nunca sentidas  
Ilusiones huyéndola van;  
Y ¡ay! un día al buscar su tesoro  
Inutil su lloro  
Y sus quejas dolientes serán!

---

Oye, niña, la voz del destino  
Que en nuevo camino  
Te demanda que muestres tu ardor,  
Donde ofrecen, en doble victoria,  
Laureles la gloria  
Y delicias sin fin el amor.

—

Viva llama ilumina tu mente  
Porque orne tu frente  
La corona del genio sin par,  
Y tu faz, tu mirada fulgura  
Radiante hermosura  
Porque hechices de amor al mirar.

—

Canta un punto, y tu lira de oro  
En férvido coro  
Loarán los cantores después;  
Que en tus mágicas gracias se miren,  
Y harás que suspiren  
Cien galanes de amor á tus piés.

—

Cuantas dichas el alma imagina,  
La suerte destina,  
Si obedeces su voz, para tí:  
Baja, pues, la mirada del cielo,  
Y busque tu anhelo  
Sus fantásticos goces aquí.—

—

Calló la voz que sentía  
Dentro del alma Teresa,  
Y á su vago encanto presa  
De extraña y honda ansiedad,  
Cruzar vió en su fantasía,  
Tras quiméricas ficciones,  
Las funestas ilusiones  
De la humana vanidad.

---

Por su brillo fascinada  
Siguió anhelante su vuelo,  
Y á su vista alzando el velo  
De un mundo deslumbrador,  
Cautivaron su mirada,  
Sobre tantas brilladoras,  
Las visiones seductoras  
De la gloria y del amor.

---

Abrió su pecho inocente  
A su mágica dulzura,  
Y suspendiendo la mente  
En plácida vaguedad,  
Ideó una dicha pura,  
A la vez, y deleitosa,  
Que no se encuentra en la odiosa  
Y mezquina realidad.

---

Ávida el libro profano  
Leyó, buscando su anhelo  
Entre sus héroes, en vano,  
El ideal de su amor;

Mas pensó, siguiendo el vuelo  
De su ardiente fantasía,  
Que ella imaginar podía  
Una leyenda mejor.

---

Huyendo, pues, desdeñosa  
El libro vano y mezquino,  
Su altiva mente amorosa  
Comenzó el suyo á idear,  
Y feliz siguió su empeño  
Realizando hasta que vino  
El espíritu del sueño  
Sus sentidos á embargar.

---

## VII

Desde el instante en que al fatal encanto  
Cedió Teresa de la voz liviana,  
Juzgó este valle de aridez y llanto,  
Campo fecundo de la dicha humana.  
—¡Así deslumbra, al desplegar su manto,  
Explendoroso, la ficción mundana,  
É infunde al debil corazón que hechiza,  
Locos deseos que jamás realiza!—

—

Soñaba, pues, la angelical doncella,  
En pos su mente de engañoso empeño,  
Que cuanto bien imaginaba en ella,  
Se le ofrecía el porvenir risueño.  
Soñaba hallar sobre la humana huella  
Humanizado el ideal de un sueño,  
Que sólo en su ardorosa fantasía,  
Sólo en su mente celestial cabía.

—



Así, al trazar en la sublime historia  
Que á imaginar llegó, de la belleza  
Y del amor el tipo y de la gloria,  
Darle logró tan divinal grandeza,  
Tan elevada y singular victoria  
Sobre la humana terrenal bajeza,  
Que ella misma sensible á su hermosura,  
Quedó prendada de su propia hechura.

---

—Y fué una noche que embebido estaba  
En su ideal su pensamiento, cuando  
Notó que ténue de un laud llegaba  
A sus oídos el preludeo blando.  
Atenta escucha, y el que así pulsaba  
Cabe sus rejas el laud, mostrando  
Su oculto anhelo, su pasión constante,  
Hizo esta trova resonar amante: [6]

Tus cabellos y tus ojos  
Brilladores, niña, son;  
Tus cabellos como el ébano  
Y tus ojos como el sol.  
Ciego al mirar tu hermosura,  
A tu reja llevo yo  
Buscando la luz perdida  
En la llama de tu amor.

---

Amor, suspiró Teresa,  
A quien la luz le robó  
La material hermosura,  
Ah! no es mi soñado amor.

---

Y el amante entre las sombras  
Cantando así prosiguió:  
—Yo quiero, niña, que sea  
Un palacio tu mansión,  
Y que ciña tu alba frente  
Corona de alto valor.  
Quiero que mires sumisos  
Cien esclavos á tu voz,  
Y en pago de todo, niña,  
Sólo te pido tu amor.

---

—Ni la brilladora pompa  
Cautiva mi corazón,  
Ni en la esclavitud me gozo  
De mis semejantes yo.  
Amor que tal dicha ofrece  
Ah! no es mi soñado amor.

---

Y el amante entre las sombras  
Cantando así prosiguió:  
—Si amas la gloria, yo puedo

Mostrarte su noble don  
En los lauros que mi espada  
Vencedora conquistó.  
Honores, gloria, riqueza  
Y el alma á un tiempo te doy,  
Y en pago de todo, niña,  
Sólo te pido tu amor.

—

—Eso que es gloria á tus ojos,  
Es á los míos baldón:  
Sólo en los triunfos del alma  
Halla gloria el vencedor.  
La tuya, que á tan mentidas  
Grandezas culto rindió,  
¡Ay! está lejos, muy lejos  
Del ideal de mi amor!—[7].

—

Cerró á este punto Teresa  
Las puertas de su balcón,  
Y el amante entre las sombras  
Suspirando se alejó.

---

## VIII

Alma Teresa que tender sabía  
Tan alto el vuelo de la dicha en pos,  
Nunca la loca Vanidad podía  
Encadenarla al mundanal amor.

—

Si un punto pudo deslumbrarla el manto  
Con que se cubre la verdad tal vez,  
Con pena, al fin, tras el mentido encanto  
Llegó la triste realidad á ver.

—

Y opresa entonces en su carcel dura  
Sintiendo el alma y en doliente afán,  
Ante el abismo recordó la altura  
A donde un tiempo consiguió volar.

—

Y su ansia loca, su delirio ciego,  
Lejos al verse del gozado bien,

Lloró su amante corazón de fuego  
Donde más viva renació la fe.

---

Oyó, cual nunca, con amor profundo  
De su conciencia la secreta voz,  
Y para siempre abandonar el mundo  
Por la devota soledad pensó.

---

Tentando aún la Vanidad impía  
Aprisionarla para siempre en él,  
A su memoria el porvenir traía,  
Y envuelto en sombras el futuro bien.

---

Ante su afán la soledad pintaba  
Horrible estinto el juvenil fervor,  
Y el alma en ella reluchando esclava,  
Lejos oyendo del placer la voz.

---

Nuevas visiones de falaz ventura  
En torno hacía de su fe bullir,  
Mas nunca pudo de su llama pura  
Nublar el brillo celestial así.

---

Libre Teresa del fatal encanto,  
Encaminando al porvenir siguió  
Su amante anhelo del retiro santo  
Y de la austera soledad en pos.

---

## IX

Y fué una tarde; brillaban  
Melancólicos y trémulos  
En las cumbres de Occidente  
Del sol los rayos postreros.  
Al clamor de la campana,  
Que grave sonaba y lento,  
Alzaba á solas Teresa  
Su ardiente plegaria al cielo:  
Ponía en él la mirada  
En pos de su pensamiento,  
Y asomaban á sus ojos  
Dulces lágrimas de fuego.  
Llegó á mirarla á este punto  
Melancólico un mancebo [8],  
Que, suspirando, la dijo  
Con triste y sentido acento:  
—¡Feliz el alma que puede  
Orar y llorar á un tiempo!  
—Sí, feliz yo, hermano mío,  
Clamó Teresa, que puedo  
Lavar con llanto mis culpas.

Feliz yo, que lloro y ruego.  
Mas ¿por qué tan triste vienes  
Y en tan hondo abatimiento?  
¿Te ha rendido la batalla?  
—No, Teresa; lucho y venzo.  
Rudo, horrible es el combate  
Y flacos son mis esfuerzos;  
Mas Dios me ayuda, y mi senda  
Seguir victorioso espero.  
No vengo, pues, á angustiarte,  
Que, al fin, á ofrecerte vengo  
Morar, como tú, mañana  
La celda de un monasterio.  
—¡Bendito mil veces sea  
El que á los dos nos da aliento  
Para lograr sobre el mundo  
Victoria de tanto precio!  
Brille, pues, hermano mío,  
Brille en tu rostro el contento,  
Que, en tal ocasión, no es justo  
Mostrar ese amargo duelo.  
—Dios me perdone, Teresa,  
Si con mi angustia le ofendo;  
Mas ¿cómo pensar gozoso  
Que ya jamás verla debo?...  
Tú sabes bien cuán constante,  
Cuán profundo, cuán inmenso  
Era el amor que abrigaba



Para ella solo mi pecho!  
Tú sabes que á su perfidia  
Matadora respondiéndome,  
La nombraba en mis plegarias,  
Y la llamaba en mis sueños!  
¡Mas tú no sabes que ahora  
Flota aún en mi recuerdo,  
Que olvido el engaño, y sólo  
Su angélica imagen veo!  
Sí, Dios que sabe la lucha  
Que al contemplarla sostengo,  
Me perdonará, Teresa,  
Estas lágrimas que vierto!  
—Y bien, si aún, hermano mío  
Te liga al mundo ese afecto,  
No podrás llevar á cabo  
El propósito que has hecho.  
—No hay, por mi dicha, Teresa,  
Poder que tuerza mi intento,  
Que yo sé bien dónde tienen  
Todos los males remedio.  
Fía, pues, en mi promesa  
Que de cumplirla estoy cierto;  
Y queda en paz mientras busco  
También yo la paz que anhelo!  
—¡A Dios plegue, hermano mío,  
Que se cumplan tus deseos  
Y que el angel de la dicha

Vele esta noche tu sueño!—  
De esta manera á su plática  
Fervorosa fin poniendo,  
A la oración se entregaron  
Cada cual en su aposento.

---

## X

Triste lució la mañana  
Velada en la niebla umbría,  
Y el clamor de la campana  
Resonando funeral,  
Anunciaba al mundo el día  
Consagrado á los que han sido,  
En que no mora el olvido  
Sobre el lecho sepulcral.

---

Y de amargura y de llanto  
El momento fatal era  
En que Teresa, del santo  
Albergue futuro en pos,  
Dirigía, la mirada  
Tornando por vez postrera,  
A la paternal morada  
Su triste y último adios.

---

Y alentado al angustioso  
Mancebo que la seguía,  
Con voz que no descubría  
Su amargo y hondo pesar,  
Ferviente exclamó: «Dichoso  
El que logra, hermano mío,  
Del mundano desvarío  
Por siempre el alma apartar!

—

Hoy, en la mansión postrera,  
Que aun la vanidad profana,  
Quizá el mundo considera  
Lo que al fin sus glorias son;  
Mas si hoy un punto medita,  
Ciego tornará mañana  
A ese afán que el alma agita  
Y enloquece la razón.

—

Y en ruda constante guerra  
Inutilmente buscando  
Una dicha, que en la tierra  
Nunca su anhelo hallará,  
Sin mirar hacia la altura,  
Seguirá inquieta avanzando  
Hasta perderse en la hondura  
Del abismo á donde va.

—

Renunciemos, pues, sin pena  
Al mundanal albedrío  
Para que el alma serena  
Vuele á más alta región;  
Truéquese en gozo profundo  
Tu amargura, hermano mío,  
Que el alma, esclava entre el mundo,  
Va á ser libre en la prisión! »

---

—Sí, Teresa, me lo fía,  
Clamó el mancebo sin calma,  
La fe que ya mi agonía  
Va trocando en la ansiedad,  
En el dulce y santo anhelo  
Que siente amorosa el alma,  
Cuando sueña con el cielo  
Y piensa en la eternidad!

---

Sí, sí, huyamos la espantable  
Senda del mundo seguida,  
Donde hallar el bien no es dable  
Que apetecemos los dos;  
Y pues breve día presa  
Gime el alma de esta vida,  
Hasta mañana, Teresa!  
—¡Hermano del alma, adios!

---

Dijeron así, entretanto  
Que por la vez postrimera  
Los unía el lazo santo  
Del abrazo fraternal;  
Y siguiendo con misterio  
La interrumpida carrera,  
Cada cual de un monasterio  
Traspasaron el umbral.

—

A este punto, entre las nieblas,  
Vibró una voz dolorida;  
Y de las densas tinieblas  
De los abismos en pos,  
Cruzó la región del suelo  
Con vertiginoso vuelo,  
La Vanidad que vencida  
Se alejaba de los dos!

—————

## XI

A la tranquila clausura  
Llegó Teresa sin calma,  
Mas después  
Gozó la dulce ventura  
Que de los triunfos del alma  
Premio es [9].

---

Un día horrible su centro  
Y su soledad austera  
Vió quizás;  
Mas hoy, meditando dentro,  
Ve con horror lo que fuera  
Brilla más.

---

Y es que ayer su amor profundo  
Quizá del común anhelo  
Voló en pos,

Es que ayer miraba al mundo,  
Y hoy, soñando con el cielo,  
Mira á Dios.

—

Mas ni su mayor ventura  
Goza aún, ni libre se halla  
De sufrir;  
Aún le queda á su alma pura  
Fiera y durable batalla  
Que reñir.

—

La Vanidad seductora  
No ha vencido en el combate  
Su valor;  
Mas ¡ah! quién sabe si ahora  
Sucumbirá al rudo embate  
Del dolor!...

---



## LA IRA



## XII

Cercana, al fin, la Ira á sus rigores  
Logró á Teresa ver,  
Y la esencia fatal de los dolores  
Vertió sobre su ser.



Postrada así Teresa el peso siente  
Del daño corporal;  
Pasan las horas y el rigor creciente  
Redoblan de su mal [10].



Y en tanto que anhelosa al cielo mira  
La paz buscando allí,  
En su afligido corazón la Ira  
Su voz levanta así:



En vano elevas tu ferviente ruego,  
En vano llamas con doliente voz  
Al que las penas derramando ciego,  
Es de la esclava humanidad Señor!

---

¿Por qué hace al hombre de la vida presa,  
Si en ella el gérmen del dolor está?  
¿Es maldición que inevitable pesa  
Sobre los siglos que pasando van?

---

No, no es que en vano á la tranquila muerte  
Intente el lodo que animó volver,  
Es que da vida á la materia inerte  
Para gozarse en su dolor después!

---

Sufre, y escalde tu mejilla el lloro,  
Clama y suplica con doliente voz,  
Que á sus oídos regalado coro  
Las quejas que alzan los mortales son!»

---

Calló la voz infernal,  
Y en medio de tanto mal  
Teresa con dulce anhelo  
Seguía elevando al cielo  
Su mirada angelical.

---

A su memoria traía  
El dulce clamor que un día  
Levantaba el justo de Hus;  
Las angustias de María,  
Los suplicios de Jesús.

---

Y llegando á comprender  
Los misterios causadores  
Del humano padecer,  
Quizá hallaba en sus dolores  
Las dulzuras del placer!

---

Quizá al fervoroso aliento  
De su ardiente y puro amor,  
Ansiaba mayor tormento,  
Buscando el merecimiento  
De una victoria mayor!

---

Pero á ser llegó su mal  
Tan doloroso y mortal,  
Que á su rigor insufrible  
Perdió al fin la acción visible  
Del espíritu vital.

---

Y adormido de esta suerte  
Su cuerpo inmóvil, inerte  
Tan largo espacio quedó,  
Que un hora, al fin, de la muerte  
Presa el mundo la creyó.

—

Y ya el toque funeral  
Doliente el fin anunciaba  
De su vida terrenal,  
Y ya abierto el hueco estaba  
De su lecho sepulcral;

—

Cuando con nueva victoria  
Las tinieblas disipó  
De su muerte transitoria,  
Y soñando con la gloria  
Dulcemente despertó.

—

Tornó á sentir con la vida  
Más rudo mal; pero fué,  
Vanamente combatida:  
Por la fe fortalecida,  
Venció su mal con la fe!

—

---

Desde que vió su ardor santo,  
La Ira, que su quietud  
Combatió con duelo tanto,  
Huye con mayor espanto  
De la cristiana virtud!

---



## TERCERA PARTE



### LA TIBIEZA



#### XIII

Aún retumbaba en el averno lóbrego  
El gemido profundo y funeral  
Que exhaló, en la victoria de Teresa,  
Impotente y vencido Satanás,



Cuando á nublar la alegría,  
Que Teresa en su victoria  
Conquistó,  
Otra potestad impía,  
Enemiga de su gloria  
Se aprestó.



Y fué la visión inerte  
Que el fervor torna en amarga  
Languidez;  
Fué la Tibieza, que muerte,  
A la virtud que aletarga  
Da tal vez.

—

Su impuro y letal aliento  
En el alma triunfadora  
Difundió,  
Y su amante sentimiento,  
Su llama iluminadora  
Sofocó. [11]

—

Desde entonces, adormida  
Con el sopor angustioso  
Del pesar,  
Miró Teresa la vida,  
Como un sueño tenebroso  
Divagar.

—

A un tiempo á la lucha ajena  
Y á la paz que ofrece al alma  
La virtud,



---

Doblaba el afan su pena,  
Y el hastío de la calma  
Su inquietud.

—

Y en vano por el consuelo,  
En medio á su mal profundo  
Suspiró,  
Que ya no miraba al cielo,  
Y en las tinieblas del mundo  
No le vió.

—

Sintiendo en tanta amargura,  
De su fe el último rayo  
Vacilar,  
Dejó, al fin, á su alma pura,  
Presa de mortal desmayo  
Suspirar.

---

## XIV

Mas, en tanto, el tiempo huía,  
Y Teresa no podía  
Del sueño en la carcel lóbrega  
Su existencia realizar;  
Fe y amor necesitaba  
El corazón que abrigaba,  
Y luz y espacio su espíritu  
Para volver á volar!

—

Fué, pues, un día en que al cielo  
Tornó á mirar con anhelo,  
Y á sentir en su alma férvida  
Un rayo puro de amor;  
Y era que tornado había  
A contemplar, cual solía  
Vertiendo un raudal de lágrimas,  
La imagen del Redentor! [12]

—

Postrada ante ella de hinojos,  
Y en ella fijos los ojos

Con el éxtasis purísimo  
Del amor angelical,  
Al fin de su ánima pura  
Disipó la noche oscura,  
Y de su sueño fatídico  
La pesadumbre mortal!

---

Libre entonces de las penas,  
Y de las duras cadenas  
De la materia tiránica  
Su espíritu triunfador,  
Ferviente el vuelo tendía,  
Y los mundos descubría,  
Velados al ojo túrbido  
Del inciente pecador!

---

Cuando misterioso arcano,  
Pretende sondar en vano  
El alma que duda incrédula  
Del mañana que no ve,  
Penetró, al fin, su mirada  
Por el rayo iluminada,  
De la llama pura y vívida  
Del amor y de la fe!

---

## XV

Mirando, pues, Teresa cual nunca fervorosa,  
Los fúlgidos reflejos de la divina luz,  
De perfección más alta, de fe más viva ansiosa,  
Así clamó, abrazando la redentora cruz:

—

«¡Señor, bendito seas! que abra-se eternamente  
Mi seno por tí solo la llama del amor!  
Como el sediento ciervo las aguas de la fuente,  
Desea el alma mía tu celestial favor!

—

Que un rayo de tu gloria mi oscura senda alumbre,  
Y en ella ya mi planta no detendré jamás,  
Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre  
Donde mejor te vea, donde te adore más!»

—

Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada  
La imagen contemplando de su divino amor...

---

¿Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada  
Resplandeciente y pura su angelical fervor!

—

Ante la viva llama de su amoroso anhelo  
Que más ferviente ardía cuanto adoraba más,  
La pávida Tibieza tendió espantada el vuelo,  
Y en torno de su espíritu no revoló jamás!

---



## CUARTA PARTE



### EL MUNDO



### XVI

Sintió Teresa su espíritu,  
En pos de tanta victoria  
Por el fulgor de la gloria,  
Iluminado volar,  
Y á impulsos del amor f3rvido  
Que al combate la obligaba,  
Nuevo enemigo buscaba  
Con quien volver á lidiar! [13]



Como su af3n se encend3a,  
Con un rayo de los cielos  
Y amaba libre de celos,  
Libre de mundano ardor,

El coro aumentar quería  
De las vírgenes esposas  
Que á su Adorado, piadosas,  
Rendían también su amor!

---

• ¡Cuántas tristes, meditaba,  
Halláran sin su albedrío,  
Esclavas del amor mío,  
Su mayor felicidad!

¡Cuántas, que la pena acaba  
Del mundo en la carcel dura,  
Ven tal vez en la clausura  
Su anhelada libertad!

---

— Yo, que se cuán hondo duelo  
Se sufre en tan duras penas,  
Sabré romper las cadenas  
Que os hacen tristes gemir;

Yo haré que el amante anhelo  
Que apartais del mundo vano,  
Pueda al trono soberano  
Del que yo adoro subir!

---

¡Floreциllas perfumadas  
De celestiales aromas,  
No temblareis agitadas  
Por el mundano huracán,



Dulces y amantes palomas  
Que mi Dueño ha bendecido,  
Yo esconderé vuestro nido  
Del hambriento gavián!»

—

Así Teresa ideaba,  
En alas de su ansia pura,  
Labrar la ajena ventura  
Que su afán más dulce fué;  
Débil y sola intentaba  
Realizar tan alta idea;  
Mas ¿qué hay que imposible sea  
Para el amor y la fe!

---

## XVII

Cuando guiada Teresa  
De su dulce pensamiento  
Demandó la ajena ayuda  
Y nadie escuchó su ruego [14];  
Cuando al descubrir la llama  
De su amante y puro anhelo  
Se vió entre tenaces sombras  
Que á la luz se resistieron;  
Cuando herida por el mundo  
Alzó la mirada al cielo,  
Surgió, triunfando su idea,  
A su voz un monasterio!  
Fijó anhelante la planta  
En su pacífico centro,  
Donde realizar debía  
Sus celestiales ensueños,  
Y hé aquí, exclamó gozosa,  
El nido que yo os ofrezco,  
Palomas de oscuros valles,  
Y de encumbrados oteros;  
Venid á elevar del alma

El blando arrullo á mi Dueño,  
Venid, y juntas vivamos,  
Venid, y juntas amemos!

—

—Y así por valles y lomas  
Su dulce voz resonando,  
Se vió cercada de un bando  
De enamoradas palomas.

—

Mas ¡ay! apenas la calma  
Del santo albergue sintieron,  
Apenas en almo coro  
Le celebró su concento,  
Cuándo á la voz turbadora  
De los instintos soberbios,  
Sus apartados umbrales  
Pasar osó el mundo ciego.  
Con su ciencia tenebrosa,  
Con sus profanos deseos  
Sus iras contra el espíritu  
Del dulce coro moviendo,  
Desecha, gritó iracundo,  
Tu asilo vano y funesto,  
Y aunque tiembles mis rigores  
Vuelve otra vez á mi seno!  
Las inocentes palomas,  
Presa del poder violento,

Al temeroso dominio,  
De su enemigo volvieron.

---

Gimiendo, en tanto que así  
Sus rigores las oprimen,  
Como las palomas gimen,  
En las garras del neblí.

---

Todas en el alma heridas [16],  
Otra vez en rumbo incierto,  
Por la esfera tenebrosa  
Vagaron del mundo inquieto.  
«¡Señor, clamaba Teresa  
Con doloridos acentos,  
Vé que no hay quien nos ampare  
Contra el enemigo fiero  
Que nos persigue mirando  
Que defensor no tenemos!»  
Y una voz de arriba dijo:  
«No temas; yo te defiendo».  
El que no desoye nunca  
De los tristes el lamento,  
Desamparar no podía  
A Teresa en tanto duelo.  
El la protegió de modo  
Que otra vez su dulce intento

---

Abrió á la virtud las puertas  
Del santo albergue desierto!

—

—Y así el tirano opresor  
De la inocencia vencido,  
Tornaron al blando nido  
Las palomas del Señor!

---

## XVIII

En ansia eterna de mostrar al mundo  
Los altos dones de su amado Bien,  
Por el camino del dolor fecundo  
Tornó Teresa á difundir la fe!

—

Triunfante siempre de la suerte impía,  
Do quier que alzaba creadora voz,  
Un nuevo templo á la virtud abría,  
Que paz brindaba, demandando amor!

—

Mas su constante y fervoroso anhelo,  
Templado apenas al obrar así,  
Buscaba sólo remontar el vuelo  
Y al trono eterno del Amor subir!

—

Miraba ansiosa la futura suerte  
Desde el abismo del terreno mal,

Y era á sus ojos la temida muerte  
Celeste nuncio de ventura y paz!

---

Por eso nunca tan sublime encanto  
Sintió en el alma ni tan vivo ardor,  
Como una noche que en su asilo santo,  
Cantar la dicha de la muerte oyó.

---

Era una hora en que su fe guiaba  
Hasta su Dueño su amoroso afán,  
Cuando una vírgen que también velaba  
Así en el cláustro comenzó á cantar:

«¡Véante mis ojos,  
Dulce Jesús bueno,  
Véante mis ojos,  
Y muera yo luego!» [17]

---

—Teresa, en el alma herida  
Por la canción bendecida,  
«Vivo sin vivir en mí, [5]  
Y tan alta vida espero,  
Exclamó fuera de sí,  
Que muero porque no muero!»

---

Y en tanto,  
Su canto  
Que al par ruega y llora,  
Con voz vibradora  
La cándida virgen tornó á levantar.

—

Y Teresa, postrada de hinojos,  
Y bañados en llanto los ojos,  
Le escuchaba en su amante agonía  
Y esclava gemía  
Del dulce cantar.

—

Y su espíritu en vívido anhelo  
De romper sus cadenas, y el vuelo  
Tender hasta el trono del célico Amor,  
Embargó, en el combate rendida,  
De la carcel corpórea la vida,  
Triunfando en su amante vivífico ardor!

—

Victoriosa de esta suerte  
Sobre la materia inerte,  
Más que el nocturno reposo  
Gozó el sueño deleitoso  
De una transitoria muerte.

—



---

Y aun del cantar placentero  
Conmovidá al eco blando,  
Del día al fulgor primero,  
Repetía suspirando:  
«¡Que muero porque no muero!»

---

## XIX

Pasó el tiempo; al fin Teresa  
La aurora del postrer día  
    Vió brillar,  
En que, de la vida presa,  
Lejos de su Bien debía  
    Suspirar.

—

Cada instante más cercana  
Mirando la llama pura  
    Del Amor,  
Nunca la carcel mundana,  
Creyó tan triste y oscura  
    Su almo ardor.

—

«¡Ven, clamaba, dulce muerte,  
Pero ven tan escondida  
    De mi ser,  
Que no te vea; que al verte,  
Temo recobrar la vida,  
    De placer!»

—

Entre tanto, un dulce coro  
De enamoradas esposas  
Del Señor,  
Vertía á sus piés el lloro,  
Las lágrimas fervorosas  
Del Amor.

---

Y ella, que ya las dulzuras  
Percibía en esperanza  
Del Edén,  
«¡Amad, suspiró, almas puras,  
Que sólo amando se alcanza  
Digno bien!

---

¡Amad, y al fin, del divino  
Amor la primer vislumbre  
Viendo ya,  
Bendecireis el camino  
Que os ha acercado á la cumbre  
Donde está!»

---

Dijo, y al seno oprimía  
Un trasunto que su encanto  
Siempre fué,  
Un crucifijo que había  
Mil veces bañado el llanto  
De su fe.

---

A la vista se inflamaba  
Del simulacro, su anhelo,  
Su fervor,  
Y, entre suspiros, le hablaba,  
Con el lenguaje del cielo,  
De su amor!

—

Contemplábala María  
—Con quien la unió en lazo fuerte  
La amistad,—  
Y apartarla pretendía  
De los brazos de la muerte  
Su ansiedad.

—

Mas entonces de la estancia  
Divina luciente coro  
Voló allí,  
Y entre nubes de fragancia  
Batiendo sus alas de oro,  
Dijo así:

—

«¡María, dulce María,  
Cuya virtud altos seres  
Cantan ya,  
Teresa está en la agonía;  
Mas si tú que viva quieres,  
Vivirá!»

—

---

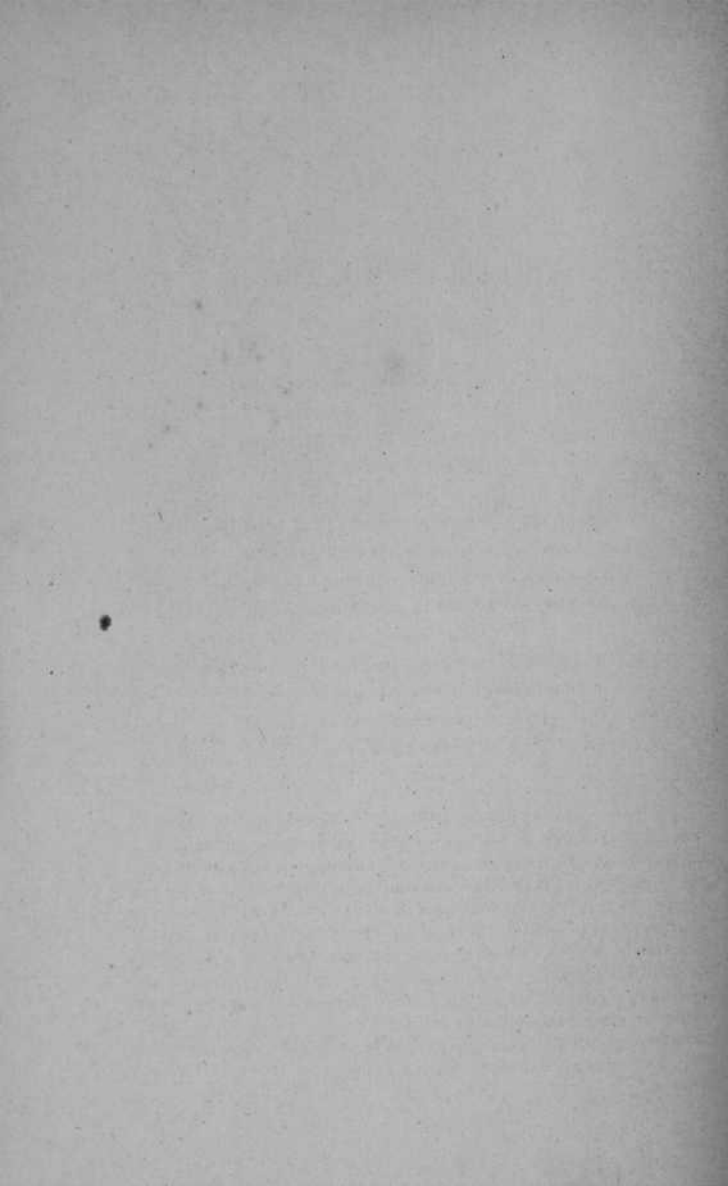
—No, no, que espire, anhelante  
Clamó al punto, aunque sin calma  
Viva yo!

—Y Teresa en este instante  
Lanzó un suspiro del alma,  
Y espiró.

—  
Su vuelo alzando del mundo,  
El trono de su alma Esposo  
Llegó á ver;  
Y en tanto, dulce y profundo  
Era el nocturno reposo  
Por doquier.

—  
Pura la luna esplendía,  
Del manso lago miraba  
Tersa el haz;  
Y por la región vacía  
Tranquilo el angel vagaba  
De la paz [18].

---



## EPILOGO.—INVOCACIÓN



Tres siglos han marcado sobre el estéril suelo  
De la mansión del hombre su paso destructor,  
Desde que alzó Teresa de su recinto el vuelo  
A donde eterna brilla la gloria del Señor.



Y aún la mente humana, cuando á las sombras mira  
Que en lo pasado ocultan la huella del mortal,  
Se inflama el vivo rayo, que fe y amor inspira,  
Con que alumbró Teresa la carcel mundanal.



Y aún, para que nunca sus resplandores mueran  
En la memoria fragil del mundo que los ve,  
El Arte la sublima, los sabios la veneran,  
Y en el altar la adoran los hijos de la fe (\*).



---

(\*) Tiene razón el poeta cristiano. La Iglesia la corona y coloca en el catálogo de los Santos, una vez probado su mérito, y en premio de cuanto luchó, venció y edificó con sus ejemplarísimas virtudes, las letras la veneran; figura la inclita Reformadora de la religión Carmelitana en el número de los Santos y en el número de los sabios: corren sus obras de mano en mano y con afán siempre creciente; y la sublime agudeza y la severa profundidad de sus pensamientos, lo castizo de su lenguaje y lo sazonado y puro de su doctrina, hace que sea una joya incomparable, un eterno monumento del Siglo de oro de nuestra literatura patria, la infatigable virgen, la religiosa seráfica, la mística doctora, nuestra española SANTA TERESA DE JESUS.—(Nota del Censor).

Recuerdo bendecido de la divina gloria  
que resplandor eterno del Gólgota será,  
Cual hoy, siempre ¡oh Teresa! del mundo en la memoria  
Con el de Dios unido tu nombre vivirá.

---

Mas ah! mi oscura mente ¿qué sabe del mañana?  
¿Qué puede en sus profundos arcanos descubrir?  
Tú los destinos miras de la familia humana,  
Tú el límite conoces del vago porvenir.

---

Tú sabes donde espira la llama creadora  
Que la materia esclava fecundizando va;  
Tú ves el fin del mundo, que desterrado, llora,  
Tú aproximarle puedes su término quizá.

---

Tal vez del Dios que un día mostró, en su amor profundo  
Al hombre esclavizado la Redentora cruz,  
Tú sola alcanzar puedes que el abatido mundo  
Levante hoy á la esfera del bien y de la luz.

---

Sí! tú, que su almo trono mirabas dolorida  
Desde esta oscura carcel asilo del pesar,  
Implórale ¡oh Teresa! ¡oh martir de la vida,  
Que el angel de la muerte nos venga á libertar!

---



## NOTAS



[1] Santa Teresa nació en Avila el día 28 de Marzo del año 1515. Fueron sus padres D. Alonso Sánchez de Cepeda y Doña Beatriz de Ahumada, cuyas virtudes recuerda Santa Teresa en el capítulo I del libro de su vida, de este modo:

«Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano la regalaba como á sus hijos; decía, que de que no era libre, no podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre tenía también muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era, como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento».

[2] En el capítulo citado, dice Santa Teresa:

«Mis hermanos en nada me desayudaban á servir á Dios. Tenía uno casi de mi misma edad, juntábamos entramos á leer vidas de Santos. . . . .  
Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. . . . .  
Espantábanos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos».

[3] Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Avila, se fueron hasta la puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió á su casa con harto contento de su madre. El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino».

*P. Francisco Ribera.—Vida de Santa Teresa, Cap. IV.*

[4] Acuérdomé que cuando murió mi madre, quedé de edad de doce años, poco menos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéa fuese mi madre con muchas lágrimas.

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. I.*

[5] Grande envidia tenía el demonio de tan buenos principios, porque conocía en ella un excelente natural. . . . . Parecióle que convenia estorbar los bienes que aquellas partes tan aventajadas prometían. . . . . Esto procuró por dos vías. La primera fué, haciéndola leer libros de caballerías. . . . . Y como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses, ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal, que había harto que decir de él.

*P. Francisco Ribera.—Vida de Santa Teresa, Cap. V.*

[6] Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa.

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. II.*

[7] Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía. . . . .

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. II.*

[8] En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entramos de irnos un día muy de mañana al monesterio. . . . .

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. IV.*

[9] En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle. . . . .

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. IV.*

[10] ..... Parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se veía claro venir de él. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job. . . . .

Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos. . . . .

teniendo día y medio abierta la sepultura. . . . .  
quiso el Señor tornase en mí. . . . .

[11] Comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Vía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á vos.

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. VII.*

[12] Acaecióme, que entrando un día en el oratorio ví una imagen. . . . .  
Era de Cristo muy llagado. . . . .  
Fué tanto lo que sentí de lo mal que habia agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con gran derramamiento de lágrimas. . . . .

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. IX.*

[13] No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquietó, sino sabroso. . . . .  
pensaba qué podría hacer por Dios. . . . .

[14] Estaba muy malquista en todo el monesterio, porque quería hacer monesterio más encerrado: decían que las afrentaba, que allí podía también servir á Dios. . . . .  
Unas decían que me echasen en la carcel, otras, bien pocas tornaban algo por mí. . . . .

[45] .....Como se había sabido en mi monesterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto. . . . .  
Hicieron juntar las órdenes, para que digan su parecer, de cada una dos letrados. . . . .  
En fin concluyeron, que luego se deshiciese.

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. XXXVI.*

[16] .....Y estando bien fatigada, me dijo el Señor: ¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? . . . . .  
Procuró por algunas vías, que nos diese licencia nuestro padre. Provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo. . . . .  
Fué grandísimo consuelo para mí el día que vinimos.

*Santa Teresa.—Su Vida, Cap. XXXVI.*

[17] Estando en la fundación de Salamanca. . . . .  
cantaron una Pascua un cantar que dice:

•Véante mis ojos,  
Dulce Jesus buenc,  
Véante mis ojos,  
Y muera yo luego•.

Con estas coplas, como la tocaron en lo vivo, porque la tocaron en la muerte, que ella tanto deseaba para ver á Dios, quedó tan sin sentido que la hubieron de llevar como muerta á la celda. . . . .  
 Estando con estos ímpetus, hizo la Santa unas coplas, nacidas de la fuerza y fuego que en sí tenía.. . . .  
 que por ser muy devotas me pareció ponerlas aquí:

«Vivo sin vivir en mí,  
 Y tan alta vida espero,  
 Que muero porque no muero».

*P. Yepes.—Vida de Santa Teresa. Cap. XXII.*

[18] Santa Teresa murió en Alba de Tormes el año de 1582, día 4 de Octubre, á las nueve de la noche.

EL ESCLAVO



AL DISTINGUIDO LIBERAL CUBANO

DON NICOLÁS AZCÁRATE



*El autor sabe que la humanidad y el patriotismo son dos grandes títulos con que usted puede honrarse como pocos, y ha creído justo colocar el nombre de usted al frente de un libro en que se lamenta la esclavitud y se defiende á Cuba; el poeta sabe la elevación de espíritu con que usted acoge las inspiraciones del arte, y ha creído igualmente justo dedicarle sus versos; el amigo sabe que la amistad es para usted, como para todos los grandes corazones, un verdadero afecto, y ha querido á su vez dar aquí una muestra del que á usted profesa y profesará eternamente*

**Evaristo Silió y Gutiérrez.**





# EL ESCLAVO



## INTRODUCCIÓN

Cuando aún en el misterio velada el alba frente,  
Ornabas tu belleza con el virgíneo tul;  
Cuando aún en paz dormías, ¡oh América inocente!  
De los remotos mares tras la muralla azul;

¿Qué mano misteriosa, qué potestad impía,  
De sirtes y de escollos, de abismos al través,  
A tus ignotas playas llevó triunfante un día  
La fragil carabela del náuta genovés?...

¿Qué fué ante tí la gloria del inmortal marino,  
Cuando á la sombra inmensa de su triunfal pendón  
Miraste que fraguaban tu mísero destino  
El dolo y la codicia, la guerra y la opresión?...

Tú viste de tus razas, tras hórrida agonía,  
Sumirse en hondo abismo la esclava multitud;  
Tú viste á tus riberas llegar la tiranía;  
Tú has visto, ¡ay triste! luego llegar la esclavitud!

Y aún fiero tu destino, tu frente el duelo sella,  
Y aún ciega al rayo eterno del sol de la verdad,  
De cien generaciones sobre la infausta huella  
Discurre por tus campos la vieja iniquidad!

—Por eso á tus palmares dá fúnebres rumores  
Quizá tu comprimido recóndito dolor;  
Por eso en tus entrañas fermentan los temblores  
Con que tal vez te agitas de cólera y horror!...

—Mas cese tu agonía! La luz de la esperanza  
Difunde ya en tu cielo su dulce claridad,  
Y ya tus nobles hijos han visto en lontananza  
La nave que conduce tu virgen libertad!

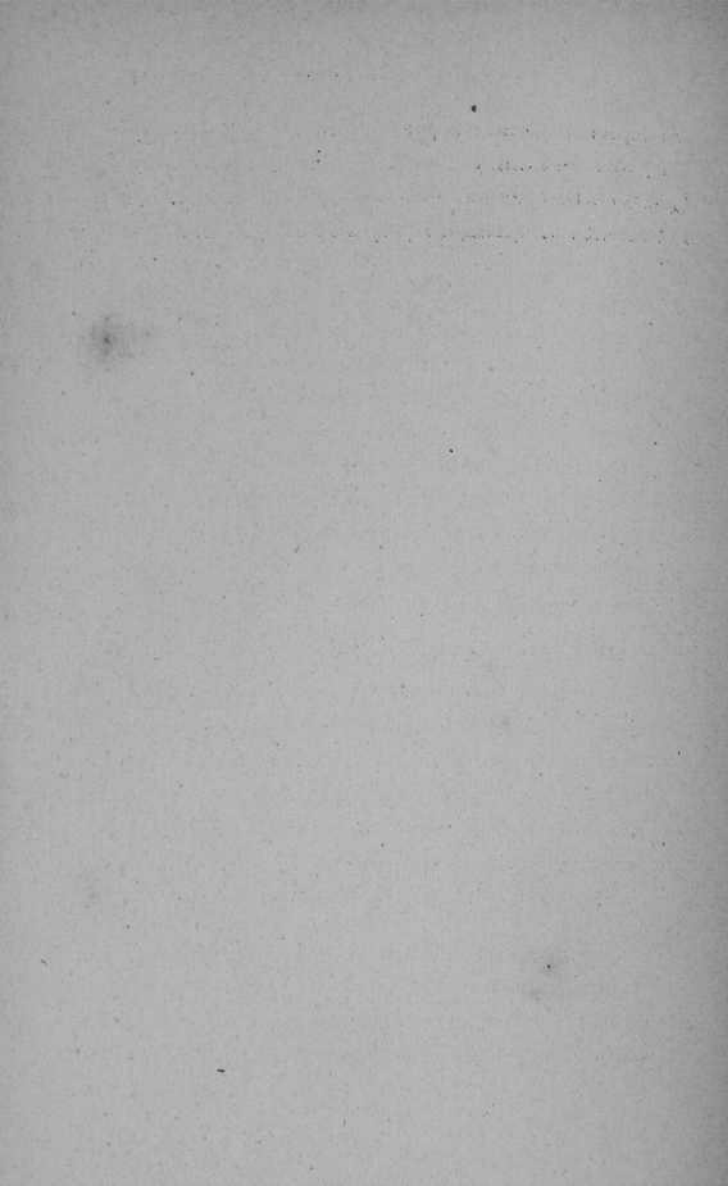
Ya el mísero africano que entre tus brazos gime  
Ha oído que á lo lejos responde á su clamor...  
Ya el mónstruo que esclaviza y el ángel que redime  
Para el postrer combate recobran su valor!

Ya en cien regiones suena la queja dolorida  
Que clama contra el yugo de la opresión fatal;  
Y ya por cuantas almas la escuchan, repetida,  
Mi propio canto es eco de un grito universal!

---

¡Espíritu clemente que el hombre creas libre,  
Hoy ante el hombre esclavo redobla mi fervor;  
Que á cada nuevo acento con que mi canto vibre  
Dé aliento al oprimido y apiade al opresor!

---



I

¡Ay de la tribu africana  
Que hoy el desierto cruzando,  
Sueña al oasis cercana  
Que allí sus dichas están!  
¡Ay de la tribu! Ella ignora  
Que en fiero, ominoso bando,  
Sobre sus huellas ahora  
Cien hijos de Europa van.

Cuando en el fondo risueño  
Del virgen bosque se vea;  
Cuando ya el plácido sueño  
Mitigue su ardor febril,  
Sobre su agreste hospedaje  
Caerá la banda europea,  
Horda inhumana y salvaje  
De un pueblo humano y civil.

¡Ay de la tribu! A su paso  
Jamás halló por acaso  
Mónstruo tan fiero y dañino  
Como hoy el bando será;

De herirla el tigre no trata  
Con más funesto destino,  
Porque el tigre sólo mata  
Y el bando esclavizará.

Mas ya su entrada apresura  
La tribu al feliz paraje;  
Ya respira el aura pura  
De su silvestre verjel;  
Ya tiene alfombra de flores  
Y pabellón de follaje...  
¡Quién dijera los horrores  
Que van á rugir por él!

Torva, fatídica en tanto  
La noche el cielo sombrea,  
Y extiende su negro manto  
Por el desierto arenal;  
Y ya cercana la hora,  
Su presa el bando rastrea  
Con la mirada traidora  
Del famélico chacal.

Llega al bosque, comprimido  
Su pecho, apenas respira,  
Y en largos pasos tendido  
Apoya apenas el pie;  
Súbito ansioso levanta  
Los ojos inquietos, mira,

Y gozoso ante su planta  
La tropa mísera ve.

Allí, entre el yerbaje inerme,  
Sin temores ni querella,  
La tribu en silencio duerme:  
Ni un lamento, ni una voz.  
Mas ya el mónstruo del delito  
Bate las alas sobre ella;  
Lanza el espanto su grito,  
Y empieza el crimen feroz.

Crece en la lucha, se encona  
La saña del fiero bando,  
Y ultraja, hiere, aprisiona,  
O mata en su ceguedad;  
Del Averno, que le vale,  
Recibe el poder infando,  
Y con él del bosque sale  
Triunfadora la impiedad!

Vedlo; ya rápido avanza  
Con su presa dolorida,  
Y en vano sus ayes lanza  
La tribu que dispersó;  
Tal vez á sus alaridos  
Responde en roncós bramidos  
Una fiera estremecida;  
La tropa opresora no!

No hay grito atroz, no hay lamento  
Que su corazón taladre;  
Y aquel horrible concento  
De tanta queja mortal,  
No es ya el clamor que maldijo;  
Son voces que gritan ¡madre!!  
Son gritos que claman ¡hijo!!  
Por el lóbrego arenal.

—Los que al moral sentimiento  
Juzgais á la tribu ajena,  
Venid á oír el lamento  
Del maternal corazón;  
Ved que á tan fieros ultrajes  
Aun es sensible la hiena,  
Y aquellas madres salvajes  
Menos que fieras no son!

Tal vez dos tribus hermanas,  
Más incultas que inhumanas,  
Para vender al que oprimen  
Feroces van á lidiar;  
Mas ¿quién les abre la senda  
Para tan bárbaro crimen?...  
Y en fin, aunque África venda,  
¿Por qué Europa ha de comprar?

Mas ved, ya el bando inclemente,  
Velado en la noche oscura,



Conduce la esclava gente  
Sin recelo ni inquietud;  
Vedlo con planta segura  
Ganar la estéril ribera  
Do está la nave negrera  
Que aguarda la esclavitud.

Aun siguiendo su camino  
Van las madres doloridas,  
Que con tan triste destino  
Ven á sus hijos marchar.  
Mas ved; unas desfallecen  
De pena y horror transidas,  
Y otras roncadas enmudecen  
Y no los pueden llamar.

¡Madres que entre vuestros brazos  
Y á duelo tanto lejanas,  
Estrechais con dulces lazos  
Las prendas de vuestro amor,  
Adivinad las querellas  
De las madres africanas,  
Y unid á mi voz, por ellas,  
Vuestro grito de dolor!

¡Varones de altiva mente,  
De pecho noble y humano  
Que ante el esclavo inocente  
Sabe piadoso latir;

Almas que no dais abrigo  
Al negro error del tirano,  
Seguid á la mar conmigo  
La nave que va á partir!

Si aun hay un puerto en la tierra  
Que en su seno la reciba;  
Si aun á los tristes que encierra  
Vende allí la iniquidad,  
A combatir mal tan grave  
Para la raza cautiva,  
Venid conmigo en la nave  
Que rige la libertad!

---

## II

Ya zarpa, ya parte la nave ominosa  
Que lleva en su seno cautivo el dolor;  
Ya rápida surca la mar, que reposa;  
Ya vuela del blando terral á favor.

Tal vez de la luna que lánguida brilla  
Traspasa las nubes un rayo vivaz,  
Y alumbra una forma, del mar á la orilla,  
Que fija en la nave la vista tenaz.

Acaso una triste que ve su esperanza,  
Su amor en la vela que vuela cruel;  
Tal vez una madre que exánime lanza  
Sus mudos clamores mirando al bajel.

Y en tanto que sola y en pena tan grave  
Se ve la inocencia, va el crimen en paz,  
Y ciego el destino concede á la nave  
Las rápidas alas del ave rapaz!

¡Espiritu que extiendes sobre la mar tu imperio,  
Que calmas ó suscitás la tempestad feroz;

Poder incontrastable velado en el misterio,  
Que tienes los destinos sujetos á tu voz!

¿A dónde va esa nave que ante tu vista avanza  
Sin que á su paso mueva la cólera del mar?  
¿A qué región impura fatídica se lanza  
De su podrido seno la infamia á vomitar?

¿A dónde va esa nave?... ¡Oh mengua y desventura!  
Huyendo el centro oscuro de bárbara región,  
Tal vez á un suelo boga do brilla la cultura  
Y donde un pueblo libre levanta su pendón.

Mas libre no; la mano tiránica que oprime  
Sujeta á la cadena del oprimido está:  
¡Ay! ¡triste del esclavo que en esa nave gime!  
Y ¡ay! ¡miserero del pueblo que á recibirle va!

---

### III

Cerraba la noche cuando  
Llegó el bajel á la playa:  
La sombra y el crimen tienen  
Misteriosas alianzas.  
Había en aquella orilla  
Una región solitaria,  
Mansión fatídica, oscura,  
Do eternamente reinaba  
De un antiguo cementerio  
La muda y fúnebre calma.  
Fijose ante ella la nave,  
Por las tinieblas velada,  
Y un hombre rompió el silencio  
Con estas breves palabras:  
«¡Ea! los vivos á tierra;  
Los cadáveres al agua!»  
Entonces, al ténue brillo  
Que las linternas derraman,  
De aquella flotante carcel  
Vióse á la turba inhumana

Ir y venir silenciosa  
Como un tropel de fantasmas.  
Hubo un instante en que haciendo  
La odiosa faena pausa,  
A las olas arrojaron  
Un cuerpo que aún alentaba;  
Mas un esclavo lo mira  
Que impávido al mar se lanza;  
Contra las olas furiosas  
Luchan sus férvidas ansias,  
Y al fin, salvando la víctima,  
Triunfante la orilla gana.  
Tiéndela allí; de sus ojos  
Despréndense gruesas lágrimas;  
Tocan sus trémulas manos  
Aquellas manos heladas,  
Y allá en su lengua nativa  
Repite: «¡Madre del alma!»  
Dijo la turba negrera:  
«Será su madre la esclava»;  
Y la faena ominosa  
Siguió su lúgubre marcha.

Cuando en el vago horizonte  
Lució la tibia alborada,  
Se vieron fértiles vegas,  
Cañaverales y palmas,  
Gigantes seibas, colosos  
Con raíces y con ramas,

---

Verjeles en las llanuras  
Y bosques en las montañas;  
Que aquella inmensa floresta  
Para la dicha creada,  
Aquel oasis del mundo  
Era la Antilla cubana.

Mas cuando ya el sol naciente  
Vertió la luz á oleadas  
Disipando los flotantes  
Vapores de la mañana,  
Allá en los altos palacios,  
Allá en las torres más altas,  
Dominando—¡eterna mengua!—  
Sobre cabezas esclavas,  
Se vieron la cruz de Cristo  
Y la bandera de España!

---





#### IV

Es de noche: ya resuena  
Del ingenio la campana,  
Y ya su ruda faena  
Dejando la esclava grey,  
Recuerda un punto dichosa  
Su libertad africana,  
Y bota vertiginosa  
Por el redondo batey (\*).

Entona de su ribera  
Los cánticos más preciados,  
Y véñse en torno á la hoguera  
Que luce allí funeral,  
Amantes ojos que vienen  
Por el sudor irritados,  
Y altivas frentes que tienen  
Del látigo la señal!

---

(\*) Plaza del ingenio.

Todos cantan; mas no todos:  
Velado allá en la penumbra,  
Huyendo el centro que alumbra  
De la hoguera el resplandor,  
Hay un esclavo que mira  
Mudo la escena, suspira,  
Y muestra en distintos modos  
Su misterioso dolor.

Joven, le dijo en su lengua  
Un guardiero (\*) que pasaba,  
Ya sé que la vida esclava  
Conoces sólo de ayer;  
Mas no caigas en la mengua  
Que aquí el desprecio castiga,  
De alejarte por fatiga  
De la danza y el placer.

—¡Jamás! repuso: mi aliento  
Puede apagar esa hoguera,  
Y puedo una raza entera  
Entre mis brazos ahogar!  
—¿Pues qué tienes que así calma  
Tu natural ardimiento?  
—¡Tengo traspasada el alma  
Por las flechas del pesar!

Tengo el dolor más profundo  
Con que el destino iracundo

---

(\*) Guarda del ingenio.

Para probar mi existencia  
Me pudo aguardar aquí;  
El dardo mayor que clava  
La mano de la inclemencia.....  
¡Anciano, mi madre esclava  
Suspira lejos de mí!

Cuando en la playa desierta  
Los blancos que la traían,  
Creyéndola acaso muerta,  
La arrojaron á la mar,  
Yo se la quité á las olas  
Que robármela querían.....  
Y luego á dos manos solas  
No se la pude quitar!

La llevaron..... no sé á dónde... .  
Sólo se que al hondo grito  
De mi amargura responde  
Con ayes lejanos hoy;  
Sólo se que la encadena,  
Como á mí, un brazo maldito;  
Sólo se que llora y pena,  
Y que me llama y no voy!

—Grande es tu mal, el guardiero  
Le replicó; pero advierte  
Que tu furor altanero  
Te puede perder quizás.

Tener madre, y no tenerla,  
Esa también fué mi suerte.  
—¡Y no he de volver á verla!  
—¡Jamás, esclavo, jamás!

De la campana el tañido  
De nuevo á este punto empieza;  
Ya no hay en la plaza ruido  
Ni en la hoguera resplandor.  
Nuestros placeres declinan  
Entre nubes de tristeza;  
Los del esclavo terminan  
En las sombras del dolor!

¡Ay del que vió con desvío  
La breve fiesta, y ahora  
Vuelve á su oscuro bohío  
Con más angustia y afán!  
¡Ay de los tristes que vieron  
Del sol apenas la aurora,  
Que ha poco alegres vinieron,  
Y ya dolientes se van!

---

## V

En vano ausente vive:  
La mano del olvido  
No puede compasiva  
Sus lágrimas secar.  
¡Volved al pobre esclavo  
La madre que ha perdido;  
Volvédsela, ó dejadle  
Que muera de pesar!

Sus ojos sólo buscan  
La huélla suspirada;  
Con gritos de agonía  
La llama su dolor,  
Y un velo impenetrable  
Le ciega la mirada,  
Y un fúnebre silencio  
Responde á su clamor!

Tal vez pensando en ella  
Confúndese doliente;

Tal vez en el trabajo  
Suspéndele su mal,  
Y en bárbaro castigo  
Resbala por su frente  
El afrentoso látigo  
Del cómitre brutal!

Entonces, cual siniestro  
Relámpago que pasa,  
Deslúmbrale la idea  
De un crimen vengador;  
Mas templa con el llanto  
La cólera que abrasa,  
Y ahoga entre suspiros  
Su lúgubre furor!

¿Qué importan los rigores  
Que sufre y ha sufrido?  
Más grave dolor hace  
Sus lágrimas brotar....,  
Volved al pobre esclavo  
La madre que ha perdido;  
Volvédsela, ó dejadle  
Que muera de pesar!

---

## VI

Hermano, le dijo un día  
Con voz doliente el guardiero:  
Tu suerte ha sido la mía,  
Tu mal el mal de los dos;  
Tal vez porque el duelo hermana,  
Yo como hermano te quiero;  
Sé que te alejas mañana,  
Y vengo á decirte adios.

—¿Que me alejo?

—No te asombre

La nueva de tu partida;  
Te ha comprado há poco un hombre  
Que te lleva á la ciudad.  
—¿Mas voy á mudar de vida?  
—No; vas á mudar de dueño:  
Baste saber á tu empeño  
Que no tendrás libertad.

Te compra para que sea  
u abrumadora tarea

Cuando á su antojo le cuadre,  
Interminable y cruel;  
Para que, esclavo y obrero,  
Sufras y ganes dinero.....  
—Dinero para mi madre!  
—No; dinero para él!

—¿Y quién es el hombre impío  
Que así también me escarnece?  
—No es un avaro judío  
Con hambre y sed de metal;  
Es un varón que parece  
A toda maldad ajeno,  
Que invoca del Nazareno  
La palabra celestial;

Un ministro de aquel hombre  
Cuyo saber sin segundo  
Quiso redimir al mundo  
Por el fraternal amor;  
Ministro sólo de nombre,  
Que eleva en la propia mano  
El látigo del tirano  
Y la cruz del Redentor!

—¡Maldición! ¡En esta tierra  
Todos los hombres oprimen!  
—No todos.

—¡Ah! no me aterra,  
No me confunde mi mal;



Si contra mí le levanta  
De nuevo el bárbaro crimen,  
Yo anudaré á su garganta  
Ese látigo infernal!

Mas ¡qué digo!.... ¡madre mía!....  
¿Qué importa mi dura suerte?  
Buscar no debo la muerte  
Mientras tú lloras por mí;  
Ahogaré en mi pecho el fuego  
De la cólera bravía,  
Pensando siempre que luego  
Te puedo abrazar á tí!

—¡Pobre madre! ¡quizá ahora  
Sufre de un blanco las iras,  
Y en duro castigo llora  
Porque buscarte intentó!  
—¿Qué dices?... ¿En qué paraje  
Puede ser eso? ¡Deliras!  
¿Qué blanco habrá que la ultraje  
Sabiendo que existo yo?

¿Qué infame tan ciego puede  
Intentar ese delito,  
Que inmóvil de horror no quede  
Si me recuerda quizás?  
¿Que á mi colérico grito  
No caiga en mortal desmayo?

¿Que entre mi brazo y el rayo  
No tema mi brazo más?

¡Tú estás loco!

—Sí; ¡quién sabe

Si mi sospecha es locura!  
Tal vez sin pena tan grave  
Tu madre, lejos de tí,  
Es sierva de un hombre humano  
Que templa su desventura;  
Porque al fin en Cuba, hermano,  
Hay muchos blancos así.

Calma, pues, tu pena; calma  
Ese furor que inclemente  
Vine á infundirte en el alma  
Con locas sospechas yo.  
—No puedo escuchar tu ruego,  
Dijo bajando la frente;  
Y una lágrima de fuego  
Por sus mejillas rodó.

Ya su velos funerales  
La negra noche extendía,  
Cuando con tiernas señales  
De ardiente fraternidad,  
Adios los dos murmuraron;  
Y, cierto, al siguiente día  
Al pobre esclavo llevaron  
Camino de la ciudad!

## VII

Y fué verdad: el tirano  
Que le encadena es ahora  
Un ministro del altar,  
Un hipócrita inhumano  
Que á Cristo en el templo adora  
Y le vende en el hogar!

Mas si hallar puede en el suelo  
El pobre esclavo consuelo  
Para su horrible dolor,  
Tal vez el mísero advierte  
Que se le guarda la suerte  
Junto á su nuevo opresor.

Allí doliente suspira  
Gentil esclava á quien mira  
En medio de su pesar,  
Y no sabe lo que siente;

Què si ella baja la frente,  
Le hace también suspirar.

Una noche, con acento  
De profundo sentimiento,  
Temblando, le preguntó:  
—¿Tienes madre, pobre hermana?  
Y la afligida africana  
Le dijo llorando:—¡No!

—¡Yo tampoco tengo madre!....  
Mas pronto, aunque no le cuadre  
Al destino, la tendré:  
Cien brazos labran su pena,  
Y una raza la encadena;  
Mas yo la rescataré!

Si tú en mi brazo confías,  
Si al par de los dos ansías  
La libertad conseguir,  
Un día los tres cautivos  
Nos iremos fugitivos  
A los bosques á vivir!

—¡Ah! yo me fío á tu empeño;  
Mas ¿no es un delirio, un sueño  
De ventura y libertad?  
—Esclava, ¿por qué ley dura  
Sueño ha de ser tu ventura,  
Y tu martirio verdad?

Mañana, tal vez mañana,  
Pese á la suerte inhumana,  
Yo de mi madre sabré;  
A ocultar la empresa mía  
Vendrá la noche sombría,  
Y á salvarla volaré!

¿Qué fuertes muros, qué aceros  
Resistirán á los fieros  
Impulsos de mi valor?  
Cautiva en eternos lazos,  
Vendrá mi madre en mis brazos  
Y yo vendré vencedor!

Entonces mi acento amigo  
Te llamará, y al abrigo  
De las tinieblas después  
Iremos libres, y lejos  
Miraremos los reflejos  
Del nuevo día los tres.

—¡Ay! ese, dijo la esclava,  
Es el bien que yo soñaba:  
¡La libertad y el amor!  
Y ambos aquí enmudecieron,  
Porque cercanos oyeron  
Los pasos de su señor.

Mas enmudecen en vano;  
El codicioso tirano

Que separarse los ve,  
Con hondo rencor exclama  
Dentro del pecho: «¡Le ama!  
Mañana la venderé».

---

## VIII

Noche plácida en que miran  
Para siempre realizada  
Su ansiedad

Los dos tristes que suspiran  
Por su dulce y adorada  
Libertad;

Vagos sueños deliciosos  
Que alejais la sombra oscura  
Del dolor

De los bosques misteriosos  
Donde miran la ventura  
Y el amor;

¡No paseis!.... Si hallar incierta  
Tanta dicha siempre al cabo  
Pena dá,

¡Qué será cuando despierta  
De esos sueños un esclavo,  
Qué será!

---





## IX

Llegó la hora: cercano  
Se ve un ingenio sombrío  
A donde ya el africano  
Va su madre á redimir;  
Tal vez ansioso la llama,  
Cuando oye una voz que clama:  
«¡Corre, karabela (\*) mío,  
Si quieres verla morir!»

Sintió el esclavo el acento,  
Y aunque no sabe de dónde  
Le trajo el nocturno viento  
Para herirle el corazón,  
A su clamor dolorido  
Con una queja responde  
Más terrible que el rugido  
Del colérico león!

---

(\*) Paisano, de la misma tribu.

Corre veloz é iracundo  
Hacia el lugar tenebroso,  
Y escucha un ¡ay! moribundo  
Que le hace de horror temblar.  
Corre, y corriendo percibe  
Que grita un hombre furioso:  
«¡Matadla; que, al fin, si vive  
Querrá volverse á fugar!»

Cuando del fiero castigo  
Vió ya la escena sangrienta;  
Cuando del brazo enemigo  
La víctima inerte vió,  
Con la voz de la tormenta  
Tronó de horror: «¡Madre mía!»  
Y su madre en la agonía  
«¡Hijo mío!» suspiró.

Vióse entonces con el brillo  
De los rayos destructores  
Un instante su cuchillo  
En la sombra fulgurar,  
Y aquel cómitre malvado  
Y sus fieros servidores  
Sobre el polvo ensangrentado  
Sucumbieron á la par.

Inmóvil la mano impía  
Y rotos los duros lazos,

De su venganza tardía  
Vióse al esclavo después  
Llevar á su madre inerte  
Entre sus trémulos brazos,  
Y caminar de esta suerte  
De los campos á través.

En su marcha funeraria  
Exhala sordos gemidos,  
De la vega solitaria  
Por la sombría región;  
Mas tal vez el mal irrita  
Sus lamentos comprimidos,  
Y contemplándola grita;  
¡Madre de mi corazón!

La sangre que ella derrama  
Con su llanto se confunde;  
La besa el rostro y la llama,  
Y no le responde ya;  
Su mano rígida y yerta  
Toca, y espanto le infunde;  
Mas él á pensar no acierta  
Que muerta su madre va.

En su pecho el afán arde,  
Y el trémulo paso guía  
A donde acaso le aguarde  
El consuelo del amor:

Cautiva en eternos lazos,  
Como ayer soñado había,  
Va ya su madre en sus brazos,  
Y él va también vencedor!

---

## X

Llegó el esclavo á la puerta  
De su tiránico dueño;  
Mas su madre no despierta,  
Ni gime, ni alienta ya;  
Y ¡ay! su desdicha le advierte  
Que aquel fatídico sueño  
Es el sueño de la muerte,  
Del que nunca volverá!

Entonces el triste llama  
Con acento dolorido,  
Porque la esclava á quien ama  
Le aguarda sin duda allí;  
Mas una voz le responde,  
Que no es su voz: «La han vendido;  
La han llevado no sé á dónde,  
Para alejarla de tí».

Bajó abrumado la frente  
Ante su suerte opresora,

Y murmuró balbuciente  
Una eterna maldición;  
Miróse otra vez el brillo  
De su sangriento cuchillo;  
Pero su cuchillo ahora  
Se clavó en su corazón.

Cayó, de su madre al lado,  
Con el pecho traspasado,  
Sin que el mal que le atormenta  
Le haga un lamento exhalar;  
Mas fijó en ella apagada  
La postrimera mirada,  
Y una lágrima sangrienta  
Vertió al volverla á mirar!

Tal vez hay dentro quien siente  
O sabe el trance terrible;  
Que el sacerdote inclemente  
Apareció en el dintel,  
Y ocultando el hondo fuego  
De su codicia irascible,  
Con un crucifijo luego  
Llegóse al esclavo infiel.

—Confíame de tu vida  
Todas las culpas, le dijo;  
Mas con voz casi extinguida  
Repuso al verle: «A tí, no»;

Y así diciendo, una mano  
Tendió, tomó el crucifijo,  
Y con la otra al tirano  
Sacerdote rechazó.

Cuando la paz por que llora  
Vino á prestarle la muerte,  
Con la imagen redentora  
Templó su angustia final;  
Y aun después, tendido, inerte,  
Inmóvil ya, parecía  
Que su mano repelía  
Algo temible y fatal.

Así el triste en el anhelo  
Que dan las últimas penas,  
Con ese rayo del cielo  
Que ve entonces la razón,  
Abrazó la fe que aspira  
A quebrantar las cadenas,  
Y rechazó la mentira  
Que vive de la opresión.

---





## ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO.. . . . .	3
DESDE EL VALLE.—Una tarde.. . . . .	5
A un artista. . . . .	9
Una fiesta en mi aldea. . . . .	17
La nave.. . . . .	21
A una niña. . . . .	23
El ideal. . . . .	27
La cita en el Valle.. . . . .	29
La vida. . . . .	33
A Esperanza. . . . .	35
Meditación. . . . .	37
A la Sra. D. <sup>ta</sup> Juana Fernández de Anso- rena. . . . .	41
Los viajeros. . . . .	45
La Magdalena. . . . .	61
SANTA TERESA DE JESUS.—A Tí. . . . .	63
Introducción. . . . .	65
<i>Primera parte.</i> —La inocencia y la fe. . . . .	79
<i>Segunda parte.</i> —Las pasiones. . . . .	82
»       »       —La vanidad. . . . .	105
»       »       —La ira. . . . .	111
<i>Tercera parte.</i> —La tibieza.. . . . .	119
<i>Cuarta parte.</i> —El mundo. . . . .	135
<i>Epílogo.</i> —Invocación.. . . . .	137
Notas. . . . .	141
EL ESCLAVO.. . . . .	







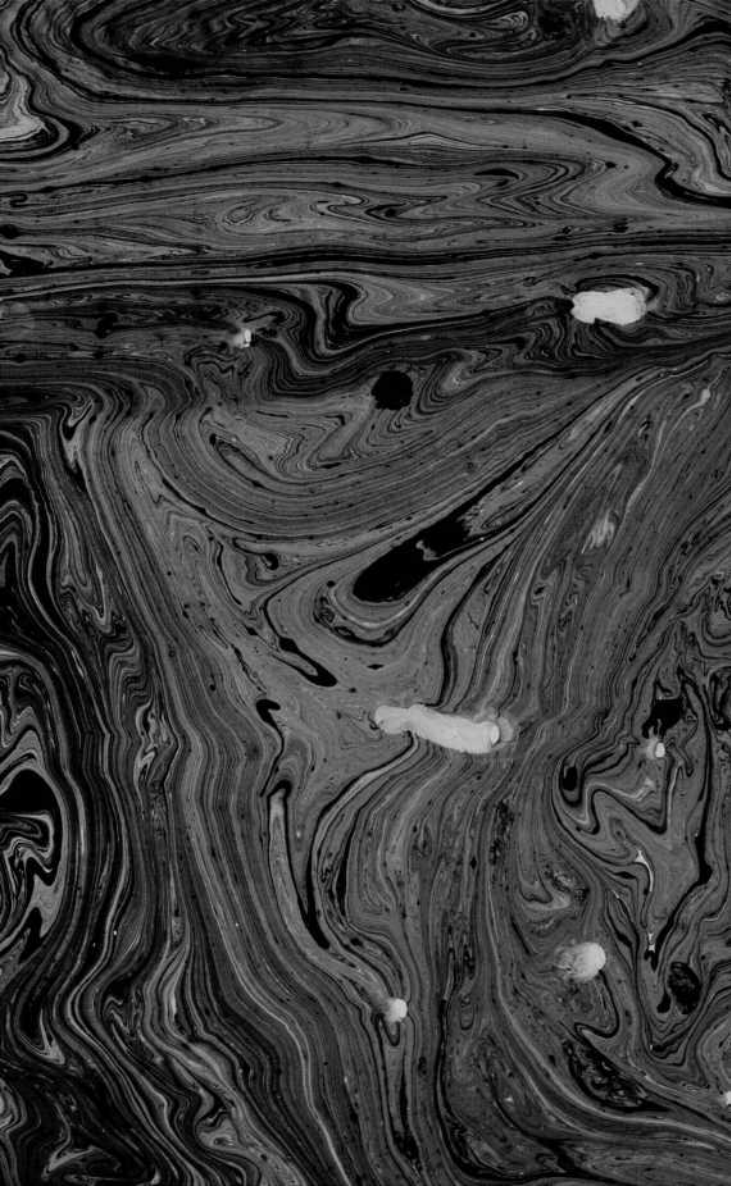


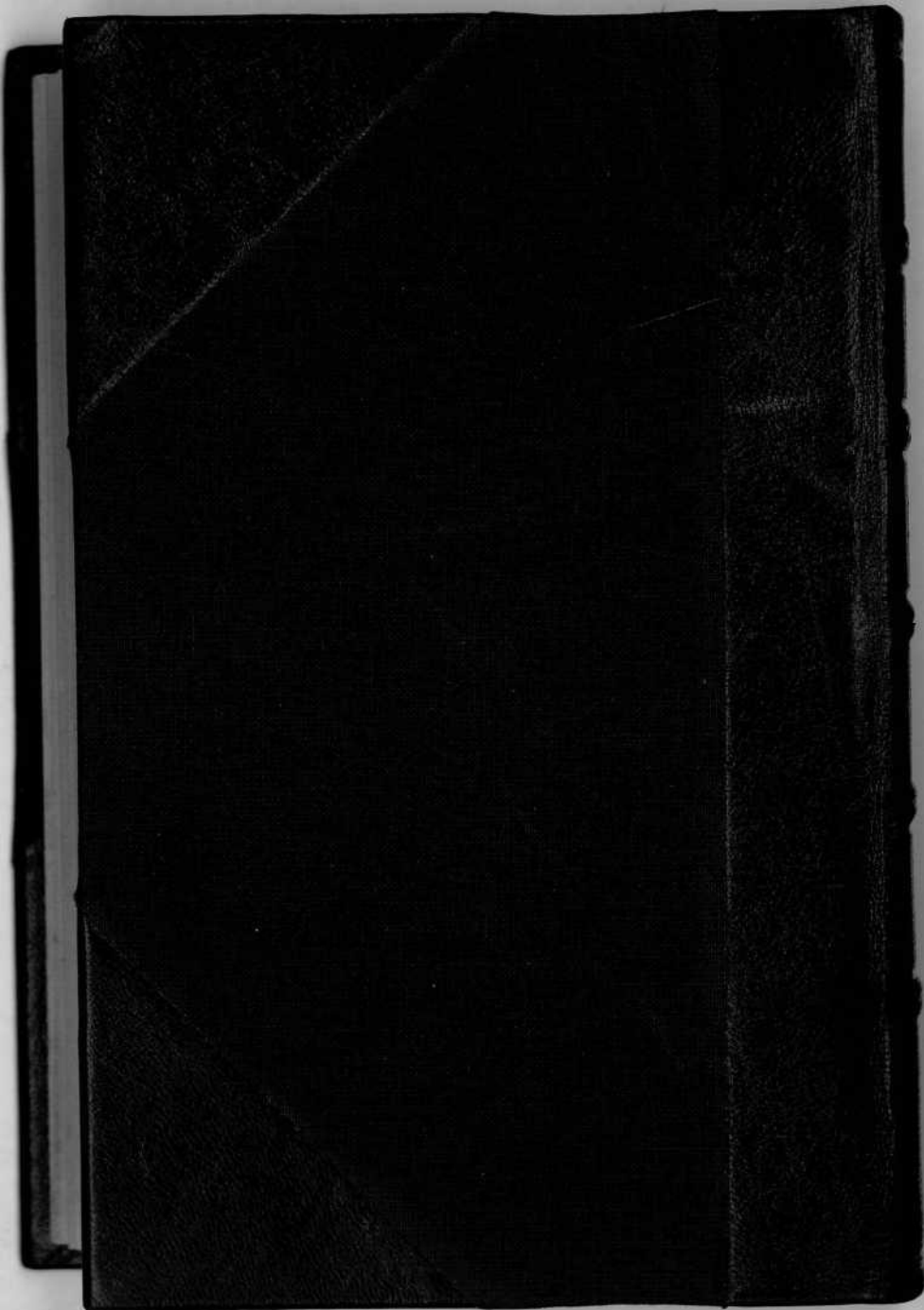
7.000 -  
1<sup>ed.</sup>













EVARISTO  
SILIO

POESIA



1897

